ISBN 978-1-4461-2615-8



SinrelatoS

Pequeños momentos de escritura.

SinSa

Powered by GAMERSMAFIA

Presentación

Quería agrupar de alguna manera mi época de pequeños momentos de escritura que he podido disfrutar gracias a la maravillosa comunidad de Gamersmafia.

De manera que he creado esta novela, que no es más que la recopilación de los que creo son mis mejores relatos nacidos y desarrollados en el seno de mi blog de dicha página.

La noche brillante realmente nació antes de formar parte de Gamersmafia, pero fue ahí donde se consolidó y donde capítulo a capítulo, mis lectores me apoyaron hasta que conseguí acabar lo que sería mi primer relato serio.

Luego presenté un relato que ya tenía escrito, 'El nuevo ser', pero no tuvo mucha aceptación, algo que entiendo ya que ni a mí me gusta y es por ello no está incluido en esta novela.

Con un poco más de tiempo y ganas, nació 'Los dos poderes', para mí el mejor de mis relatos hasta la fecha. Además, plasma una idea muy ambiciosa sobre toda una saga, basada en un personaje, Omini, el cual queda reflejado en dicha nivela.

Por último, incluyo un corto pero intenso relato, 'Mi hermano', el cual presenté al primer concurso de relatos de Gamersmafia y con el cual quedé en primer lugar. No podría publicar esta novela sin incluirlo.

Quedan atrás otros relatos, pequeñas historias y trocitos de mí mismo plasmados a lo largo de varios años en mi blog, pero prefiero que se queden ahí, son parte de él y no son tan buenos como para atreverme a sacarlos a la luz.

Que lo disfrutes.

A mi reina y a mis dos princesas.

La noche Brillante

(2000-2008)

Capítulo 1. **El Silencio**

Sentí que me despertaba. Poco a poco empecé a sentir todos mis órganos, especialmente mi dolorido hígado.

Estaba sentado. No podía ver. No, no estaba sentado, más bien tumbado boca arriba, como en uno de esos sillones que vibran y esconden una plataforma que se eleva para poner las piernas. Siempre he querido tener uno.

Sentí una fuerte tensión en mis brazos y en mi frente. Estaba atado. Atado al sillón. Por lo menos podía mover las piernas, pero no veía. Seguí estudiándome. Hacía frío, o por lo menos yo temblaba. Debía de haberme meado, porque olía a orín y sentía los pantalones mojados. Todavía no notaba mi lengua, ni mi boca, ni siquiera saliva. El hígado me estaba matando, y las náuseas me hacían dudar cuánto tiempo llevaba sin probar bocado.

- Bueno, parece que se recupera. – una voz

- Pues todavía no me he comido la cena, que se espere. – otra.

Hay dos hombres cerca de mí, y no reconozco a ninguno. Empecé a sentir miedo. Mucho. Fuera lo que fuera, no me encontraba en una situación normal. Atado y con los ojos vendados estaba a merced de ellos. Empecé a sentir mi cara por fin, incluido el duro trapo que me envolvía la cabeza hasta la nariz, como una venda de esparto. Agudicé lo que pude mis sentidos.

Era de noche, cerca del amanecer. Parecía que uno de ellos leía un periódico o una revista mientras que el otro cenaba ruidosamente.

¿Cómo he llegado hasta aquí? No tenía ni la más remota idea de qué había pasado ni de por qué estaba tan jodidamente situado. Sólo recordaba estar en una conexión directa interviniendo un proyecto del estado sobre circulaciones multidimensionales.

Pero esa no podía ser la causa de mi situación.

Si me hubiesen cogido, ahora tendría que estar hablando con algún concejal del ayuntamiento sobre el importe de mi futura nómina.

Siempre ocurría así. Cuando te cogen, primero intentan ponerte de su lado por un módico precio, pese a que saben que nunca podrán pagar las cantidades que cualquier empresa privada te ofrece por seguir interfiriendo en sus sistemas.

Si yo soy una empresa, y sé qué proyecto va a salir a concurso, cuándo y cómo, seguramente estaré mejor preparado a la hora de ofertar, y seguramente conseguiré el proyecto, el cual me reportará siempre mucho dinero.

Pero esto era otra cosa. Esto era mucho más serio que una penetración en un sistema.

Empezaba a sentir los efectos de la falta de skunck en mi cuerpo. O seguramente llevaba mucho tiempo sintiéndolos pero eran anulados por el miedo. Sí, mi hígado no dejaba lugar para las dudas, necesitaba inyectarme una dosis o me volvería loco.

Por favor, quiero que esto acabe de una vez y que sea un puto malentendido y que me dejen en paz. Tengo que decirles que no pienso hacer nada. En cuanto recupere el control sobre mi boca les diré que esto para mí es como si no hubiese pasado y que lo he olvidado todo (¿el qué, si no recuerdo nada?). Piensa, piensa.

Recordaba el mensaje recibido por los cauces normales (mail "privado" a mi buzón público) el viernes pasado. Después de desencriptarlo, se me definían unas direcciones concretas de acceso y un nombre: InfoArco (muy original para un sistema del estado). Las direcciones de acceso ya las conocía e incluso las había utilizado otras veces para "saltar" a otros lugares. Eran sistemas bastante abiertos que no tenían casi vigilancia ni seguridad. De hecho, nunca me había parado en ellos hasta entonces.

Recuerdo que me lo tomé con calma y pensé que era un dinero fácil. Como no iba a necesitar de todas mis habilidades, me lié un par de canutos de ártesis que me atontaron un poco, pero me devolvieron esa sensación de seguridad y calma que todos los "penetradores" necesitamos para trabajar. Ni siquiera utilicé el interface corporal (¿y entonces por qué no recordaba ningún ruido ni sensación extraña antes de perder el sentido?).

Accedí al sistema a través de un bucle de accesos que había depurado justo una semana antes y alcancé InfoArco en menos de una hora. Estaba volcando los datos y entonces... y entonces... entonces estoy aquí. Mierda, mi hígado sabe karate. Mis pensamientos fueron interrumpidos por las voces.

- Creo que deberíamos avisarle, igual se cabrea.

- Vale, vale, ya voy.

El que estaba comiendo se movió. Oí abrirse y cerrarse una puerta. No sabía a dónde iba ni el porqué, no sabía nada. Y no podía hablar. Era como si me hubiesen arrancado la boca.

Recordaba esa sensación del día que tuve mi primera pelea (mi única pelea) a los dieciséis años. Estaba en una discoteca apoyado en la barra intentando gritar al oído alguna ebria incoherencia a algo o alguien

que parecía una mujer y sentí que me tocaban en el hombro. Al volverme vi como un tipo sobrealimentado de k-extásis en plena subida y con las mandíbulas totalmente desencajadas lanzaba su puño contra mi cara. Reboté contra la barra y caí al suelo como un saco de patatas. Cuando me levantaron los de seguridad y me llevaron a la salida traté de hablarles, pero el puñetazo me había partido tres dientes superiores, dos inferiores y me había desencajado la mandíbula. Esa fue la última vez que oí música en una discoteca.

Oí pasos. Esta vez eran más. Les sentía cerca de mí, como si estuvieran examinándome.

- Comprueba que la sigue teniendo dormida.

Esta voz era nueva. Era profunda, madura, y con acento. El tipo no era de aquí, pero eso me daba igual, no me gustaba.

Me sujetaron las piernas al sillón por los tobillos al igual que tenía las manos. No hice el más mínimo esfuerzo en señal de plena sumisión pero sí intenté gritarles que me perdonasen, no sabía porqué pero quería que me perdonasen. Fue inútil. No pude decir palabra.

Sentí la respiración de uno de ellos en mi cuello. Me examinaba el rostro. Se estaba acercando mucho a mí. Debía de ser el tío que estaba comiendo porque apestaba a salsa de tomate prefabricada. Dios, ¿qué quieren estos hijos de puta? Se separó.

- Lo está, le he hecho un par de cortes y no se ha enterado. - ¿cortes? ¿Me ha cortado el grandísimo cabrón? Ahora sí que tengo miedo.

- Bien. Empecemos.

Sentí la luz. Era como si me hubiesen puesto un foco de las antiguas películas cuando van a aplicarle el tercer grado a un

sospechoso. Pero no podía distinguir nada, ni una sombra. Preferí cerrar los ojos ya que así podía concentrarme mejor en mis otros sentidos.

Algo se puso en marcha. Era un ruido de un motor. Un motor antiguo pero en muy buen estado, ya que apenas producía ruido o estaba muy lejano, yo que sé.

El hombre recién llegado volvió a hablar.

- Bueno, bueno, bueno..., como te lo explicaría yo..., vas a morir, vas a morir porque me han encargado que te mate, y punto.

Mis testículos se contrajeron hasta golpear mi esfínter. El aire no me llegaba a los pulmones, y comencé a ver los multiformes relampagueos previos a una pérdida de conocimiento. Pero no me desmayé. La inyección masiva de adrenalina producida por el miedo no me dejó, pero a su vez provocó una absoluta parálisis de todo mi cuerpo. Siguió hablando.

- El caso es que soy un poco digamos... complaciente. En esta puta vida estamos sufriendo constantemente. Y no me parece lógico que mueras sin sufrimiento, así que primero voy a hacerte un poco de daño, pero no te preocupes, no será mucho. Por eso, tal y como habrás observado, te hemos dormido la lengua y la garganta y te hemos desencajado la mandíbula. – ¿Pero cómo se puede estar tan desequilibrado mentalmente? Dios mío dónde estoy, me van a matar estos putos locos.

- Pero no te preocupes, dentro de un rato se te pasarán los efectos...

Los tres se rieron a la vez.

- Primero te vamos a cortar los dedos de las manos. Después, te vamos a coger tus huevos y los vamos a reventar un poco con estos alicates. Y por último, te vamos a despellejar vivo.

Dios, esto no puede ser verdad. Tiene que ser una broma. Por Dios que sea una broma y te juro que me río.

Entonces empezó. Me sujetaron el dedo meñique y sentí un corte profundo a la altura del nudillo. Grité, no salió un sólo alarido pero yo grité con todo mi cuerpo. Era curioso. Me daba la impresión de que no me lo habían cortado y todavía podía moverlo.

- Ahora el gordo.

- No, hay que ser metódico y seguir un orden hasta en la muerte, imbécil.- Tócate los huevos, los majaras éstos discutiendo por el orden… esto no puede estar pasando.

El anular fue espantoso. Noté como un chorro de sangre salía despedido en todas direcciones vaciándome.

Al cortarme el dedo corazón no fue tan limpio, porque sentí el corte por encima del nudillo. Al golpear la cuchilla contra el hueso sentí lo mismo que cuando un dentista penetra demasiado con el torno y te lo clava en el nervio de la muela.

El dolor recorría mi cuerpo desde la mano al cerebro y a la inversa, como si fuese una carrera de suicidas por una autopista corriendo por el carril contrario, a ver quién se mata primero.

Las convulsiones y los estertores no me dejaban razonar y eran cada vez mayores. La saliva se me agolpaba en la boca produciendo ridículos gorgoteos. Si me arrancan otro dedo me muero. Me muero.

Se apagó la luz. No sólo me habían quitado el foco de la cara sino que tampoco existía la penumbra que recordaba cuando recobré el conocimiento. No se oía nada. No había movimiento. El motor ya no funcionaba. No estaban. No podían seguir allí porque, poniendo el máximo esfuerzo con mis sentidos sólo podía oír el goteo de mi sangre contra el suelo. Qué narices estaba pasando.

Me quedé inmóvil. Sentía que me cansaba por momentos. La pérdida de sangre y el repentino parón me estaban haciendo que perdiese de nuevo el conocimiento. Pero no podía quedarme inconsciente. Si me dormía no volvería a despertarme. Me venían a la cabeza fogonazos de escenas de películas cutres en las que se abría la puerta del baño y se veía a la mujer en la bañera con la cara contraída por la muerte mientras que la cámara enfocaba las sangrantes muñecas de la víctima.

Seguía sin oír nada. Me iba a morir si no me detenía la hemorragia. Tenía que soltarme o esos hijos de Satán volverían a acabar su trabajo. Santo Dios, tenía que soltarme.

Perdí el conocimiento.

Una horrible punzada en mi mano izquierda me vuelve a despertar. Esta vez recordaba todo lo que me había ocurrido. Seguía en la misma posición, y no me había muerto.

Ahora sentía mi lengua, y notaba la boca seca y los labios cortados, debido seguramente a que no había podido cerrarlos desde hacía mucho tiempo. La mandíbula, la mano y el hígado me saludaron casi al unísono con distintos tonos de dolor. Expulsé parte de la baba que me bloqueaba la garganta y volví a concentrarme en mi alrededor. Nada. Esta vez la sangre se oía gotear mucho más pausadamente. Las correas que me sujetaban al sillón fuertemente habían hecho las veces de torniquete y me habían salvado la vida.

Pero seguía estando inmovilizado. Tenía que salir de allí cuanto antes. No me atrevía a gritar. Cabía la posibilidad de que los asesinos se hubieran ido a descansar, y por Dios que no quería molestarles.

Comencé a forzar mi mano derecha para liberarla, pero debido a la presión la tenía hinchada y sólo conseguí un poco más de dolor para añadir al grupo. En los pies me ocurrió lo mismo.

Decidí calmarme. La única posibilidad que me quedaba era mi mano izquierda, o lo que quedaba de ella. Al haberme cortado los dedos, podría hacerla pasar por la correa sin mucho esfuerzo, pero sólo pensar en moverla me provocaba náuseas.

Comencé a contraerla y noté una punzada que me provocó lágrimas como cuando te golpeas en la nariz. No podía hacerlo poco a poco porque me iba a volver a desmayar. Lo hice todo a la vez. Contraje mis tendones todo lo que pude y tiré fuertemente hacia mí. La mano salió del cepo y comenzó a sangrarme fluidamente.

Desatarme la mano derecha fue muy difícil ya que mi mente no estaba todavía acostumbrada a mi 'nueva mano' y simulaba contactos con dedos que no existían. Además, la sangre hacía que el tacto fuese confuso y resbaladizo. Por fin me solté la mano presa y comencé a desatarme la cabeza. Cuando me quité el trapo y abrí los ojos pude observar que la habitación estaba realmente a oscuras. Utilicé el trapo como pude para taponarme la mano y me desaté las piernas.

Tanteé hasta encontrar una pared y finalmente conseguí encontrar la puerta. Si estaba cerrada pensaba abrirla a patadas pero no fue así. Salí a un corredor oscuro que filtraba por una rendija la luz del día. Eso significaba que si salía de allí y me exponía a la luz correría el riesgo de morir en poco tiempo. Pero tenía que huir. Ellos podrían volver.

Llegué al final del pasillo y encontré la salida del edificio. Abrí la puerta y la luz me cegó momentáneamente. Comencé a correr. Estaba totalmente desorientado y nada me parecía familiar, pero me di cuenta de que en poco tiempo comenzaría a anochecer y no moriría por culpa de las radiaciones. Seguí corriendo, corriendo...

Capítulo 2. Wally

Mientras corría, mi mente me llevaba a auténticos estados de paranoia y ansiedad. Tengo que parar de pensar. ¿A dónde voy? A casa de Wally. Si, es la mejor opción.

No pienses. Piensa en Wally. Empecé a volcarme en los recuerdos.

Llevaba trabajando en el examen de cálculo desde hacía veinticuatro horas sin parar. Con dieciocho años, era fácil mantenerse despierto dos o tres días si el esfuerzo lo merecía - es decir - una buena fiesta universitaria, una partida a muerte al póker, o una penetración en el sistema de la facultad para tener las preguntas del examen dos o tres días antes del mismo.

El examen era un hueso. Al igual que en todas las facultades, la mía filtraba el alumnado el primer curso, y el sistema era sencillo, sólo podía pasar a segundo un diez por ciento de los matriculados en primero. Dos de las cuatro preguntas del examen no estaban a mi alcance ni tan siquiera recurriendo a toda la documentación a la que no se me permitía el acceso. Para aprobar las necesitaba a ambas.

Después de tres meses en la facultad, no tenía amigos. La gente que conocía no acababa de convencerme, bien porque era "blanda", no pasarían del primer curso, o bien porque era demasiada "rígida", ocho horas de clase, academias y fines de semana enteros estudiando.

Pero ahora los necesitaba. Debía plantearles los dos problemas que era incapaz de resolver como un ejercicio de práctica. Sólo unos pocos se sorprenderían al encontrar dichos problemas en su examen.

Fue cuando caminaba por uno de los vacíos y largos pasillos de la facultad en dirección a la sala de estudio, donde la gente se reunía para intercambiar "ideas y razones", cuando le vi por primera vez.

Apareció por uno de los recodos en mi dirección. Llevaba las rodillas un poco flexionadas y daba pasos cortos pero rápidos. Movía su cabeza frenéticamente hacia todas direcciones en busca de un bedel despistado o de un profesor que pudiese recriminarle algo.

Se paró a cuatro o cinco metros de mí, junto a un tablón de anuncios que había sido desclavado de la pared y apoyado contra ésta. Fijó su mirada en mí durante el tiempo suficiente como para darse cuenta de que yo no era más que un "pardillo" inofensivo de primer curso, y se agachó.

Yo estaba cada vez más cerca y más picado por la curiosidad, así que enlentecí mi paso y le observé por el rabillo del ojo. Debía tener dos o tres años más que yo. Llevaba una camiseta con el dibujo de un cerdo vomitando algo verde y una frase que decía: 'Si no te gusta... vomítalo'. Una cazadora negra, unos vaqueros y unas zapatillas de deporte completaban su vestimenta. Tenía un largo y descuidado pelo negro que se apartaba de la cara y la frente con gestos rápidos y secos.

Entonces, se apoyó con una mano en el suelo e introdujo la otra por el hueco que había entre el tablón apoyado y la pared. Sacó una botella de whisky de buena calidad y se la metió rápidamente en el hueco interior de la cazadora cerrándola de inmediato. Volvió a repetir la operación pero esta vez sacó una bolsa térmica que rápidamente reconocí. Sólo conocía una sustancia que necesitase de esa bolsa para su conservación: skunck.

La guardó rápidamente, me despidió con una mirada de silencio, y se marchó dando los mismos pasos cortos y rápidos con los que había aparecido.

En dirección al aula de estudios, pensé que sería muy interesante conocer a ese estudiante. Debía de ser un penetrador (sólo los idiotas consumen skunck para cualquier otra actividad, ya que existen drogas mucho vas baratas especializadas en sexo, música e incluso ciencia). Además, le gustaba el whisky y no debía de pensar que a la facultad sólo se venía a adquirir conocimientos. Me gustaba.

Cuando llegué al aula de estudios, volví a la realidad. Al ser horario de clases, el aula estaba medio desierta, pese a ser época de exámenes. Eché una rápida ojeada a los monitores encadenados a la pared que escupían como locos horarios de exámenes, tutorías y revisiones. Yo tenía la lista completa dos días después de ser aprobada por el claustro de profesores. Pero eso no daba dinero. A nadie le interesaba saber la fecha de sus exámenes una semana antes o después. O al menos nadie pagaba por ello.

Había un par de grupos de estudiantes enfrascados en sus pizarras láser intentando resolver problemas de cuántica. Ese problema le tendría yo el año siguiente. Encontré a dos alumnos de mi clase. Recé para que me conociesen de vista y me acerqué a ellos.

- Hola, perdonad, ¿estáis estudiando cálculo?

- Yo sí, pero ella no se va a presentar.

El que me contestó era un chico moreno, con la tez clara y pinta de haber acabado de jugar con el sonajero hacía muy poco tiempo. Gracias a su apariencia tan juvenil pude reconocerlo como uno de mis compañeros ya que la primera vez que le vi en clase no pasó tan desapercibido como la mayoría de los otros alumnos.

- Oh... bien, entonces, si no os importa, me pongo a estudiar con vosotros.

- Si claro, ponte - dijo ella - Yo no me voy a presentar al examen, pero tengo que sacarlo en la siguiente convocatoria, y aunque Dani diga lo contrario, yo sí estoy estudiando. Por cierto, me llamo Eva.

A la chica nunca la volvería a ver. Un aire de elegancia y presencia hacía intuir que tenía su futuro solucionado, debido seguramente a una familia adinerada.

Me presento, y al rato estábamos discutiendo sobre algunos de los problemas dados en clase. A la media hora estaba convencido de que esa pareja no podría ayudarme en lo más mínimo con las preguntas del examen. Después de una hora de razonar con ellos, estaban convencidos de que no tenían ninguna posibilidad de aprobar el examen. Mi mirada viajaba por la sala en busca de nuevos compañeros que quisieran incorporarse al grupo, pero seguía sin aparecer nadie.

Mi mente seguía dando vueltas a los dos problemas del examen. Dani y Eva estaban enfrascados desde hacía cuarenta minutos en un problema de topología de los que se denominan "de idea feliz". Sólo tienen una solución, y suele estar muy escondida. Parece un problema sencillo, pero cuando empiezas a resolverlo por los métodos normales, empieza a complicarse y a generar a su vez otros problemas haciéndose cada vez más enrevesado. Sólo utilizando un método especial, se resuelve simplificándose rápidamente.

Eva encontró la solución. Por supuesto, el razonamiento que había utilizado era erróneo, pero al basarse en premisas erróneas, consiguió casualmente dar con la "idea feliz".

Me arriesgué. Llevaba demasiado tiempo concentrado en las preguntas y no era capaz de ver con claridad. Necesitaba otros enfoques

aunque fuesen erróneos, ya que podrían darme esa pista que era incapaz de ver debido a mi embotamiento.

- Bueno, esto está muy bien - comenté haciendo como si me interesara su "grandioso" descubrimiento - y ahora que estamos calientes, os voy a proponer un "problemilla" que encontré ayer en un libro.

Tardé otra hora en hacerles comprender el enunciado. Empezaban a caerme bien. Dani tenía esa mirada de seguridad en sí mismo que le obligaba a resolver ese problema aunque fuese lo último que hiciese en su vida. Eva había conseguido un triunfo en el problema anterior que todavía seguía saboreando y que no la permitía concentrarse del todo en el del examen.

Empujé un poco más.

- Pues este podría ser perfectamente un problema del examen. Y serían dos puntos y medio muy buenos.

Eva me miró como si comprendiese, pero por supuesto no me creyó. Pero conseguí centrar más su atención ya que había elevado el reto a la categoría de "pregunta de examen". Y lo volvió a solucionar. Esta vez, una incoherencia en su razonamiento provocó que me lanzase sobre mis folios y me pusiese a escribir como un loco. Razonaba en voz alta y mis compañeros me escuchaban y observaban como a un extranjero que les está contando el último día que pasó pescando.

En media hora tenía refinada la solución e incluso había conseguido que Dani y Eva la entendiesen "más o menos".

La excitación por haber resuelto uno de los problemas me empujó a mostrarles el otro. Todavía era pronto, y como yo había resuelto el anterior, volvieron a centrarse.

Pero esta vez no hubo suerte. Cada vez me costaba más esfuerzo razonar todas las equivocadas ideas de mis nuevos amigos, sentía hambre y sueño. En mi desesperación cogí una de las pizarras láser y dibujé el problema.

Una fila de ecuaciones diferenciales repletas de integrales de distintas dimensiones llenaba la pizarra. Era muy arriesgado mostrar de esa manera una pregunta de un examen que se iba a celebrar al día siguiente, pero sólo me quedaba la esperanza de que alguno de los chicos de cursos superiores se fijara y picado por la curiosidad se acercara a intentar solucionarlo. Pero, ¿quién se iba a molestar en malgastar su tiempo en un problema de unos "niñatos" de primero?

Entonces volvió a aparecer, esta vez con un aire distraído como si estuviera andando por su habitación buscando un libro. Llevaba la cazadora en la mano por lo que supuse que había escondido sus "tesoros" en algún lugar de la facultad o simplemente los habría vendido.

Se sentó en una mesa cerca de nosotros. La mesa disponía de un ajedrez virtual en tridimensional. Desde que se habían incorporado los sistemas de redes neuronales las máquinas habían superado a los campeones humanos con mucha diferencia. Ahora los campeonatos se hacían entre máquinas, y los inventores de la IA (inteligencia artificial) de la máquina eran los que se llevaban los premios.

Comenzó a jugar una partida a la vez que se hacía un canuto de ártesis. Dejé el mando láser de la pizarra y me senté en una silla de forma que pudiera vigilarle. Mientras se hacía el porro, hizo una apertura de gambito de dama que yo conocía bastante bien. Le pillé observando la pizarra. Se encendió el porro y comenzó a mover las fichas rápidamente de una manera casi automática. Dos caladas más tarde había ganado a la máquina. Con la disculpa de ir al baño pasé por su

lado y pude observar que la máquina estaba puesta a un nivel 3000 de ELO-M. Era bueno el condenado.

Al regresar del baño, él seguía enfrascado en una nueva partida saboreando pausadamente su droga.

Pero algo había cambiado. Alguien había escrito en mi pizarra. Y allí estaba. En sólo dos líneas con muy mala ortografía alguien había escrito la solución del problema. La mayoría de los operandos estaban tachados con una flecha que acababa en una palabra: 'despreciable'. Todo aquel maremágnum quedaba reducido a una sencilla ecuación de nivel secundario. La idea feliz.

Pulsé el botón de borrado, volví a memorizar la solución mentalmente, me dirigí hacia la mesa de Wally, me senté y empecé a charlar con él.

Capítulo 3. **Brainderth**

Nunca imaginé que pudiera correr tanto.

Nunca imaginé que el miedo y la confusión segregasen tal cantidad de drogas y sensaciones corporales. La mandíbula desencajada iba a explotarme.

Encontré una calle que me era conocida. Gracias a Dios todavía estaba en mi ciudad. Tenía que dejar de recordar y centrarme en razonar durante unos segundos o la histeria me provocaría un paro cardíaco. Me detuve en un callejón que yo conocía a cuatro calles de mi casa. Me sentía mal, muy mal. Necesitaba ayuda médica urgentemente. Recurrir a un hospital me asustaba. Tendría que dar explicaciones. Se me escapó una risa gutural al pensarlo.

Y habría un informe a la policía. Y además, desde el momento en el que mis datos fueran introducidos en la red del hospital, cualquiera con un poco de software podría averiguar mi paradero. Los sistemas de los hospitales suelen ser los menos protegidos. Estoy acojonado.

Necesitaba un médico. Un médico con la instrumentación y ayuda necesaria para curarme.

Y tampoco pensaba acercarme más a mi casa. Decidí no volver a esa casa nunca más en mi vida.

Tengo que ir a casa de Wally.

Según me iba acercando, sentía que me quedaba sin fuerzas. El dolor de mi mano era insoportable. Mi cara despertaba a través de rugosos aguijonazos de dolor.

Mi hígado pedía por favor una cuchilla para cortarse las venas. Mi apariencia debía de ser patética y en cada esquina rezaba para no encontrarme con ningún sistema de vigilancia policial. Sería más difícil que me encontraran en casa de Wally ya que nuestra relación la conocían muy pocas personas. Pero sabían dónde vivía yo. Pero a lo mejor ya no existen. A lo mejor ya ha pasado todo. Necesito drogarme ya.

Por fin llegué a su casa. Mi huella ocular estaba registrada para acceso directo a su casa, pero decidí llamar directamente para no dejar rastros (¿a quién?). Cuando recordé que sin mandíbula me sería difícil darme a conocer, me insulté internamente y pulsé el acceso ocular.

Siempre que era escaneado ocularmente por un sistema de seguridad me acordaba de la frase publicitaria: "Hemos cambiado el ojo de la cerradura por la cerradura del ojo".

Menuda gilipollez. Según entraba pude escuchar a través del intercomunicador los repetidos intentos de Wally por descubrir quién había llamado. Eso me tranquilizó. Estaba en casa y podría ayudarme. Necesitaba a alguien con la mente despierta y tranquila que me calmase y que razonase lo ocurrido.

Entré en su apartamento sin problemas y me sentí a salvo (¿de qué?). Le encontré en el cuarto de guerra disponiéndose a conectarse al sistema. Cuando se volvió al oírme entrar se asustó.

- Pero que cojones... ¿SinSa? Dios, ¿qué te ha pasado en la cara? ¿Qué hostias te ha pasado?

Wally era el único que me llamaba por mi nick, y yo se lo permitía porque él era el único que conocía su significado.

Esta vez ni siquiera intenté hablar y me dirigí directamente a su consola. En dos segundos el sensor de retina se ajustó a mi ojo. Cerré

todos los accesos a sistemas externos y activé un editor de textos. Empecé a teclear.

"Necesito medico el mejor nodetectable inf ormes ni rastros informáticos."

Wally abría los ojos sorprendido mientras leía mi texto.

- Vale, espera..., el Joe. Sí, voy a llamarle, pero ¿ qué te ha pasado ?

"llama"

- Está bien, te ayudaré a acostarte mientras llega.

" NO DIGAS NAD A NADIE ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! ! 111"

Camino de la habitación me empecé a relajar, sentí como si mis sesos resbalasen con exceso de gravedad en busca de la paz de mis zapatos. Mientras rompía a llorar me desplomé de nuevo y sentí como Wally me sujetaba mientras volvía a perder el conocimiento.

- SinSa, despierta, llevas durmiendo más de 48 horas y no has meado ni una sola vez. Joe me dijo que con diez horas sería suficiente para que te recuperaras. ¿Qué tal estás?

Después de unos cuantos sonidos incoherentes conseguí hablar. Era difícil con la lengua hinchada.

- Jodido, estoy muy jodido Wally. Me duele todo el cuerpo.

Recordé la mano. La miré. Estaba vendada. No sentía nada. Sí, sentía dolor. Apagado por alguna droga, pero era dolor. Pregunté rápidamente.

- ¿Cómo tengo la mano?

- Joder tío, menuda carnicería. Joe dice que los cortes han sido hechos a muy mala leche. Tenías un cacho de cáscara de mejillón clavado en uno de ellos. Te cortaron los dedos con una cáscara de mejillón afilada. Flipo. – Esto es una locura, lo sabía. Siguió hablando.

- Deberías mear. Vas a explotar. Recuerda que la sensación de la orina nos abandonó hace mucho tiempo.

Era cierto. El skunck, como todas las drogas, tiene muchos precios. Volví a observarme la mano. Esta vez me palpé la venda buscando el reloj que Wally me había regalado tiempo atrás y que cada seis horas me avisaba de mi necesidad fisiológica. No estaba. No quise tocar más la venda. Camino del cuarto de baño repetí la pregunta.

- ¿Cómo tengo la mano?

- Está totalmente desinfectada y fuera de peligro. Igual que tú. Joe ha hecho un buen trabajo. Le caes muy bien. Al no encontrar los dedos para volvértelos a poner te queda la opción de las prótesis.

Menuda putada tío. De todas formas no tendrás ningún problema. No te preocupes por eso. ¿Tienes hambre? No, claro.

Otro efecto del skunck,. Se dirigió hacia la cocina. Levantarme a mear me había provocado mareos. Decidí no seguirle y volver a la cama. Comencé a aclarar mis ideas. Recordaba claramente la última vez que estuve consciente. Recordaba claramente el dolor. Volví a marearme. Esta vez no pude reprimir las náuseas. Vomité bilis. Wally regresó con comida.

- Come. Te sentirás mejor. Joe me ha dicho que durante una semana sólo podrás fumar ártesis, así que te he preparado un buen canuto para después de comer. – Pero yo necesitaba saber.

- ¿Cuándo fue la última vez que me viste? Quitando esta, claro.

- El viernes.

- ¿Cuándo llegué a tu casa?

- El domingo. Eran las 2 de la mañana.

- Joder, estuve cinco o seis horas corriendo. ¿Qué día es hoy?

- Martes

- Joder..., joder. Necesito saber que hicimos el viernes. Recuerdo que estaba penetrando en el sistema estatal para una historia llamada "InfoArco" y... y...

- ¿Y no recuerdas nada más? No jodas macho. ¿De verdad que no te acuerdas de nada?

- Sí, joder. Claro que me acuerdo de muchas cosas.

Le conté todo lo que recordaba. Según lo hacía, Wally me respondía con un calmado silencio que me reconfortaba. No tardé mucho en acabar. Terminé de comer. Repetí el relato varias veces intentando recordar todos los detalles mientras fumaba del porro de ártesis. Me empezó a doler la cabeza. El ártesis de Wally nunca ha sido de los mejores. Debería mear.

- Y eso es todo. ¿Cómo lo ves? – le pregunté.

Comenzó a hacerse otro porro. Pocos segundos después lo encendía guiñando sus saltones ojos.

- Vamos a ver querido amigo. Tengo algunas ideas sobre lo que ha sucedido. - Wally pensaba rápido, siempre lo había hecho. Continuó.

- Pero antes voy a contarte lo que yo sé. El viernes, llegué a tu casa poco antes del amanecer. Acababas de ducharte y te estabas vistiendo. - No me acordaba.

- Por cierto que tu penetración había sido un éxito y me comentaste que esta vez tenías la transferencia de tu dinero antes de lo habitual, ¿te suena?

- No. Pero eso, aunque no es normal, me ha ocurrido otras veces.

Me pasó el porro.

- Ya, ya. Intento destacar los hechos más relevantes, tranquilo. Bueno, pues nos fuimos a cenar y luego fuimos a mi casa. Eso lo hemos hecho muchas veces.

No me acordaba.

- Estuvimos conectados al "Sensaciones" un par de horas, y luego la tomamos.

- ¿Qué tomamos?

- Brainderth.

- Mierda, ¿nos metimos Brainderth?

Un escalofrío me arañó la espalda. Creía que nunca probaría es droga. El Brainderth había suplido con creces la falta de producción de heroína hacía mucho tiempo. Era la droga más dura y adictiva que existía. No podía ser cierto. Había visto demasiadas veces el efecto que producía en las personas. Personas que dejaban de serlo al consumirla y que ninguna superaba el mes de adicción. Pero algo encajaba. Las pérdidas de memoria eran uno de sus efectos. Me acabé el canuto. Continuó.

- Tú tomaste media dosis y yo tres cuartos. Menudo viaje. Estuve vomitando y con diarrea tres horas y media seguidas. No te preocupes. Joe nos ha limpiado así que no tendremos síndrome. Si lo llego a saber le habría llamado antes.

Eso era cierto. Mi hígado todavía no me había molestado. La limpieza no sólo evitaba los efectos secundarios del Brainderth sino que me daba al menos dos semanas de estabilidad física y mental sin necesidad de skunck.

- Después de flipar casi cuatro horas, nos empezó a bajar y tú te marchaste a casa y yo al cuarto de baño a realizar mi "odisea intestinal". Esa fue la última vez que te vi con la mandíbula derecha. Voy a por unas cervezas y a cambiarte el vendaje de tu mano mientras masticas todo esto.

Empezaba a sentirme bien. El ártesis gestionaba perfectamente todas las sustancias placenteras que le quedaban a mi cuerpo expandiéndolas con intensidad. No evitaba las numerosas preguntas que

se clavaban como agujas en mi cerebro, pero me hacía pensar con calma y fluidez.

Me quedé dormido.

Capítulo 4. **Vampiro**

Alberto seguía leyendo el informe. Una y otra vez repasaba la vida de Vampiro. Iba cambiando de ventanas en el monitor buscando los detalles de cada informe. Fotos, rastros, armas, asesinos asociados al caso... todo lo que tuviera que ver con Vampiro. Volvió a repasar.

Realmente se llamaba Alberto, como él. Pero desde muy pequeño comenzaron a llamarle Vampiro, por su enfermedad genética. Muchos padecieron esta enfermedad al principio, cuando se produjo el cambio, pero ahora era raro encontrar alguien así. Tenía una parte positiva, su sentido del olfato era extremadamente alto. Podía detectar todos y cada uno de los olores que le rodeaban, asimilarlos, clasificarlos y reconocerlos rápidamente. Pero esto provocaba dolor, mucho dolor. La zona del cerebro encargada de ello, se saturaba inflamándose y golpeando contra el cráneo. Sólo un olor le calmaba. El de la sangre humana.

A los seis años, presenció cómo un individuo violaba y estrangulaba a su única hermana. El padre llegó a tiempo para atraparle y reducirle. Con una bota puesta en la cabeza del asesino, que estaba atado y tirado en el suelo, el padre se inclinó levemente hacia él y le introdujo lentamente por el cuello un cuchillo de cocina de veintitrés centímetros de largo. Durante todo el proceso, Vampiro estuvo tranquilo, relajado, seguramente la primera vez en su vida que no le dolía la cabeza.

A los diez años mató a un compañero de clase y lo descuartizó para poder volver a oler la sangre. Fue internado en un centro especial para dementes, donde seguramente soportó los dolores durante más de

cinco años, hasta que se escapó. Nunca se le ha vuelto a atrapar desde entonces.

A partir de los dieciocho años, vuelven los informes relacionados con él. Parece que estuvo un tiempo buscándose la vida, matando en oscuros callejones para conseguir dinero y olor, sobre todo olor a sangre a tenor de las carnicerías mostradas en las fotos digitalizadas. Después comenzó a trabajar como mercenario de la droga, llevando a cabo auténticas matanzas, eso sí, mucho más organizadas y meticulosas que antes. A partir de aquí, se observa cómo va refinando su trabajo, especializándose en torturas y en el arte de matar. Menudo elemento.

Y ahora Alberto tenía que ir a por él. Ni siquiera sabía para quién trabajaba en esos momentos, ni por qué tenía que matarle, pero las órdenes eran muy precisas. En diez minutos llegarían a un edificio abandonado donde se encontraban cuatro hombres, posiblemente más, pero cuatro a los que había que eliminar. Y uno de ellos era Vampiro.

El método no era el habitual, habían tomado medidas especiales. Se habían lavado meticulosamente para evitar cualquier olor que les delatase. Llevaban un desodorante inodoro especial, y no utilizaban ninguna ropa relacionada con los cuerpos policiales, ni siquiera el antibalas que sólo su grupo tenía.

Llegaron al edificio y activaron los scaners. Sólo detectaban tres cuerpos de calor. Había uno de los individuos en la puerta principal, seguramente haciendo guardia. Los otros dos estaban juntos dos plantas más abajo.

Reducir al primero fue fácil. A través de la fachada le alcanzaron con un disparo de ondas que hizo reventar su cerebro en cachitos antes de que pudiera pensar que algo ocurría. Primer elemento eliminado. Pero

había que actuar rápido. Posiblemente informaría periódicamente a sus compañeros, entre ellos Vampiro. Empezaron a descender.

Alberto bajaba las escaleras sin respirar, su implante neural le permitía hacerlo durante más de diez minutos, lo que le daba tiempo de sobra para apuntar con precisión a sus presas.

Antes de bajar la segunda planta, el fusil lanzó el aviso de que su objetivo era alcanzable a través de las paredes que había hasta llegar a él. Hizo una señal de listo. Su compañero, encargado de la otra víctima, se puso a su altura y también marco el otro objetivo.

Dispararon al unísono acertando en la cabeza de uno y en el cuello del otro. Alberto deseaba que el suyo fuera Vampiro.

Veinte minutos después, habían reconocido toda la zona, y tras identificar los cadáveres, no habían encontrado rastro alguno de Vampiro.

Pero habían encontrado una foto, con un nombre y una dirección. Posiblemente era la nueva víctima de Vampiro, y posiblemente sería muy tarde para salvarla.

Alberto pidió confirmación a la central, y salió en dirección de la casa indicada en la foto, en busca de aquel individuo, un tal SinSa.

Capítulo 5. **El halo**

Wally regresó despertándome con una botella de cerveza y unas vendas.

- Bien, pon la mano encima de la mesa. No tardaré mucho. - Miré hacia otro lado.

- Prefiero no verlo. Dime, ¿qué piensas de todo esto?

- Hipótesis uno: De camino a tu casa, te da un subidón y vas a algún sitio donde haces algo que enfada a alguien. Ese alguien decide darte un susto de muerte y dejarte un recuerdo. Problema: Si alguien es lo suficientemente despiadado como para rebanarte tres dedos con una cáscara de mejillón, no te tapa los ojos, o al menos se muestra en algún momento. Esa gente necesita darse a conocer. No tiene sentido hacerlo y luego dejarte allí, solo.

- Pero igual se fueron a descansar, o a por algo y a mí me dio tiempo a escapar.

- No, espera, según tu relato, cuando te despiertas la primera vez oyes a uno de los hombres hablar de su cena, lo que significa que comenzaba a amanecer. Sin embargo, cuando huyes es casi de noche. Eso implica que pasaste todo el día allí. Estuviste muchas horas sin conocimiento hasta que te despertaste y te escapaste. Ellos no iban a regresar. Si hubieran querido matarte no se habrían arriesgado a tenerte allí tanto tiempo. Recuerda que viste a gente por la calle, luego no era una de las zonas abandonadas.

Me gustaba como razonaba Wally. Al menos él estaba lo suficientemente calmado. Siguió su razonamiento.

- Hipótesis dos: Sufres una pelea callejera en pleno subidón de Brainderth en la que pierdes tres dedos en el forcejeo. Con una navaja vieja, por ejemplo. Huyendo caes sobre desperdicios de comida y te clavas el mejillón. El Brainderth te provoca una serie de alucinaciones que te hacen perder la memoria y te simulan tu aventura del sillón. Problema: La sustancia que utilizaron para dormirte la lengua estaba formada por componentes de anestesia local que normalmente utilizan los dentistas. Joe me lo dijo cuando te limpiaba. En una pelea callejera no se utilizan esos compuestos. También tu mandíbula estaba desencajada de una manera "profesional" como si lo hubiera hecho un médico. Estos datos eliminan también la posibilidad de una auto lesión en pleno "viaje". Ah, y contradicen mi idea de que estás como una cabra.

Pude sonreír. Intenté razonar aunque me dolía hacerlo.

- Volvamos a la primera hipótesis. Suponte que tengo un mail o un mensaje en casa diciendo algo como "Como vuelvas a meterte con mi hija, mis amenazas serán de verdad" o "No se juega con los Nod" o algo así. Suponte que alguien ha contratado a esa gente para darme un susto y que ese alguien se dará a conocer más adelante. O que simplemente es alguien con poder que quiere vengarse de mí provocándome un miedo infernal.

- Entonces tienes un problema gordo, ya que todas tus hipótesis se basan en la premeditación del hecho. El autor conoce tu casa y tus hábitos. Sabía que estabas en mi casa y esperó a que salieras o bien estaba esperando en la tuya. Y eso significa que tienes un enemigo. Y un enemigo con muy mala leche. Existen muchas posibilidades y no tenemos suficiente información.

- Espera, el trapo. ¿Recuerdas el trapo que llevaba en la mano cuando llegué?

- Si, pero era un saco, no un trapo. Lo reciclé. Pensé que lo habrías encontrado en la calle mientras huías.

- Mierda. ¿Llevaba algo escrito?

- No, era un simple saco de tela viejo.

Wally había terminado el nuevo vendaje. Este era más pequeño que el anterior. Ahora se percibía el hueco de mis dedos. Tendría que enfrentarme con mi mano muy pronto. No estaba preparado todavía para eso. Fuimos al salón y nos hundimos en el sofá clavando la mirada en ningún sitio concreto. Muchas veces habíamos estado en esa situación pensando hasta que alguno de nosotros se limitaba a decir: 'Lo tengo'.

El humo de los canutos había generado una atmósfera densa en el salón. Cuando observaba las figuras informes que dicho humo generaba, pude observar un haz de luz verde muy delgado que se movía ligeramente. Seguí el halo de luz buscando su origen. Salía de la pared del fondo del salón. Pero allí no había ninguna ventana. Pensé que sería algún dispositivo de seguridad nuevo del apartamento de Wally. Recorrí el halo en sentido contrario y vi que terminaba en la comisura del labio de Wally, no, en la frente. Dios mío.

Y entonces empezó la película.

La secuencia duró menos de un segundo, pero juro que la recuerdo mil veces y en todas ocurre a cámara lenta.

Empecé a llenar mis pulmones de aire para gritar con todas mis fuerzas a Wally que se escondiera. La puerta del salón, justo a nuestra espalda, reventó. Voló impulsada hacia dentro seguida por un individuo que saltaba en mi dirección.

Wally se giró bruscamente en dirección a la puerta. Su brazo reventó. Mientras el individuo caía encima de mí tirándome al suelo pude ver como Wally caía hacia un lado mientras su brazo lo hacía hacia el otro. Mientras yo intentaba recuperar mi equilibrio, el extraño me sujetó y me levantó del suelo. Tiró de mí hacia él y quedé pegado a su abrazo.

No veía a Wally. El extraño, con un gesto rápido salió de la habitación conmigo a cuestas. Salió del apartamento. Salió del edificio. Me metió en un vehículo. Nos fuimos.

Santo Dios, mi pobre Wally.

Capítulo 6. El Cambio

No podía respirar. Tenía el pecho hundido. Todo mi cuerpo volvía a rebosar de adrenalina asquerosamente. Pero esta vez al menos no me había meado de miedo. No me había dado tiempo.

De verdad, si ahora pudiera me mearía, me cagaría, pero los nervios no me dejan.

No quería mirar al conductor, el bestia que me había sacado de casa de Wally, posiblemente salvándome la vida. O sea que debe ser de los buenos. A Wally le habían disparado, no sé con qué, pero debía de ser algo brutal para poder atravesar la pared y reventarle el brazo.

No me atrevía a mirarle. Observé la carretera, ese inmenso túnel con cientos de ramificaciones.

Esto antes no era así. Me volví a fundir en los recuerdos.

El cambio no fue rápido. Al principio, nadie hacía caso. Los avisos de los ecologistas sobre la rápida desaparición de la capa de ozono y la inminente muerte de la naturaleza golpeaban una y otra vez inútilmente las puertas de los mandatarios, los cuales asumían que el sistema necesitaba la contaminación y los recursos naturales para dar la comodidad y riqueza que su pueblo pedía. Ya se encargarán del medio ambiente los que vengan.

Empezó a afectar a las personas. El cáncer de piel apareció. No muy rápido, pero ahí estaba. El sistema ocultó el incremento paulatino de esta enfermedad, por miedo al pánico general. A cambio, una serie de recomendaciones sobre la exposición al sol empezaron a aparecer en

todos los medios de difusión, al principio una vez al día, después varias, hasta que desaparecieron. Ya no había recomendaciones, sino hechos. No se podía combatir por mucho factor solar de protección que te pusieras. Las radiaciones penetraban cualquier filtro cutáneo, y la única manera de protegerte era con ropa, ropa de tipo plástico transpirable que sólo los más ricos podían tener.

Las zonas tercermundistas fueron las primeras en caer. La gente moría por las radiaciones, los cadáveres se amontonaban de tal forma que provocaban focos de nuevas infecciones y plagas que a su vez provocaban más muertos. Fue entonces cuando los mandatarios de las ricas naciones, 'el sistema', se asustó y puso cartas en el asunto.

El tema era sencillo. Había que restaurar la capa de ozono. Los mejores científicos del mundo, los que quedaban, estudiaron una solución. La verdad es que estudiaron varias, casi todas fallidas... un toldo anti radiaciones, una alteración genética del ser humano para poder asimilarlas, reforestación, incluso se comenzó un proyecto para lanzar colonias al espacio, pero no se había avanzado hasta ese nivel y ya no había tiempo.

Mientras, la gente seguía muriendo y muriendo, los alimentos escaseaban e incluso las potencias más ricas empezaban a colapsarse. Al final, no hubo solución. Murió un setenta por ciento de la población mundial, y el proceso se estabilizó. Poco a poco la gente fue creando una nueva sociedad ajustada a la nueva naturaleza. Ya nadie salía por el día. Los recursos eran suficientes para los supervivientes y se fueron acoplando al nuevo sistema de vida. La energía solar recogida por el día era reciclada en luces para la noche, después se crearon carreteras subterráneas entre las zonas, permitiendo el traslado diurno.

El hombre se acostumbró a vivir por la noche y a dormir por el día. Empezó a palidecerse, y sólo las modas traían el moreno a la piel de la gente (siempre, eso si, a través de los rayos uva). También se

acostumbró al aire filtrado por los inmensos cañones purificadores, ya que aunque por la noche se podía salir, la gente pasaba mucho tiempo en las edificaciones, acostumbrados quizá, a la época en la que se vivía por el día protegido. Nadie echaba de menos un paseo con el sol de la tarde en otoño, al revés, solo de pensarlo les entraba pánico.

Hoy existen macrociudades autosuficientes, rodeadas por la desolación del desierto y solamente comunicadas por entramados de carreteras y pasos subterráneos.

El coche se paró en una plaza libre de una de las zonas de aparcamiento. El conductor - la bestia salvadora - se volvió hacia mí y dijo:

- Sígueme.

Salí del coche y me introduje con él en uno de los varios ascensores que había en la plataforma de elevación, desde donde se accedía a los edificios exteriores.

Volví a sentir miedo.

Capítulo 7. El objetivo

"Es difícil sentir un roto.

Además, ni siquiera te convences de ello, porque no cabe.

Pero de repente te das cuenta de que cada vez que intentas acercarte aparecen trampas, huecos y falsos suelos que te alejan.

Y yo no sé volar.

Que alguien me rodee con su vida y no me deje ver porque no quiero llorar.

Todos los sentidos de todas las vidas huelen mal, mierda."

[Daharan, año 153 DDC (*después del cambio*)]

A Vampiro no le gustaba su compañía. Los dos matones ignorantes que le acompañaban ni siquiera usaban desodorante, y su olor corporal era realmente asqueroso. La mezcla del olor a las comidas de su última semana junto con los jabones baratos con los que habían lavado sus ropas, al menos hacía 10 días, le estaban provocando náuseas.

Tuvo que activar su dosificador de glóbulos rojos injertado un par de veces mientras esperaba la asignación de su nuevo trabajo. El injerto no le calmaba igual que el olor a sangre fresca, pero al menos le permitía controlar las ganas de quitarles la piel a tiras a esos dos pobres bastardos con sus propias manos.

Al fin llegó el encargo. El ordenador tardó unos minutos en descifrarlo una vez que Vampiro había introducido su clave de decodificación.

Como siempre, con la clave que se incluía en el mensaje, verificó que la transferencia bancaria estaba en su poder. Pasó luego a observar detenidamente la foto del objetivo y volcó los datos asociados a su nanopc.

Mientras, sus dos acompañantes leían la información y comentaban entre ellos.

- Parece una presa fácil. Los penetradores suelen ser frikis que no tienen media ostia.- dijo el más alto.

- Anda que no tuvo suerte el tipo. Ha sobrevivido a un intento de eliminación de pura chiripa. Hay que ser estúpidos para estar tres 'profesionales' y que los tres salgan a ver por qué hay un apagón. Los nocturnos se los cepillaron rápido. – dijo el bajito.

Vampiro ya se había enfrentado alguna vez a grupos de nocturnos. Normalmente sólo atacaban cuando sabían que tenían ventaja y posibilidad de un botín, y siempre lo hacían en zonas apartadas de las macros (*macrociudades*), donde las luces siempre escaseaban.

Aún así, pensó, seguro que los anteriores asesinos eran más inteligentes que sus dos nuevos compañeros.

- Bueno, tenemos tiempo, podemos relajarnos un rato – volvió a hablar el bajito.

- Venga, saca una impresión de la foto del tío ese... ¿SinSa? ...vaya mierda de nombre... vamos a divertirnos – contestó el otro

- Nada de fotos – interrumpió Vampiro. - Y salimos ahora mismo, quiero estudiar el terreno.

- Y una mierda. - dijo el alto.

- Que te den. – dijo el otro.

Vampiro se dirigió a la puerta. Otro de sus nuevos compañeros, que estaba vigilando en la entrada del edificio, le observó confuso.

Cuando Vampiro se cruzó con el dijo:

- Estaré en la segunda opción de situación del objetivo.

Montó en su coche. Sabía que esperar a que el objetivo regresara a su casa no era probable. La dirección de su amigo íntimo, era mucho más lógica al no tener padres ni novia o algo parecido.

Mientras conducía activó el lector vocal del informe que había volcado a su nanopc. Estudió a su víctima.

SinSa era el típico penetrador. Cerebrito introvertido con irrefrenable adicción a las drogas que aumentaban las capacidades cerebrales. Debería estar muerto hace horas.

Llegó al edificio del amigo de SinSa, un tal Wally, penetrador también. A ninguno de los dos les habían detenido nunca, pero había muchos informes de penetraciones asociadas a ellos sin haber sido probadas. Seguramente pensarían que estaban a salvo e incluso que nadie conocía su relación de amistad. El que pagaba el encargo debía tener mucho dinero y poder para tener esa información.

Empezó a estudiar la zona y en dos horas había encontrado un lugar desde donde podía alcanzar a su presa. Oscuro, elevado y oculto. Demasiada distancia para catalogar los olores de la casa objetivo.

Armó el arma. Un fusil de ondas con scanner humano capaz de atravesar varias paredes.

Activó el scanner y rastreó el piso de Wally. Un cuerpo. Ojala pudiera olerle, para así tenerle catalogado. Pero estaba demasiado lejos. Tendría que esperar.

Se inyectó una dosis de glóbulos rojos, centró su mirada en el scanner y comenzó a realizar ejercicios de relajación mental.

Seis horas más tarde apareció un nuevo cuerpo. Estaba inclinado posiblemente escribiendo en un ordenador. Tenía que ser SinSa. Ajustó el objetivo.

Pero antes de que el fusil le diera confirmación de disparo ambas figuras se desvanecieron. Debían haber entrado en una de las habitaciones del otro lado de la casa y había demasiadas paredes para detectarlos o disparar.

Recibió una llamada. Era uno de sus compañeros.

-¿Alguna novedad? - Le preguntó

Vampiro mintió sin pensarlo. Quería quitarse de encima a esos palurdos.

- No, el objetivo no se encuentra en la segunda opción.

- Joder, este tipo se ha ido de la ciudad. Me parece que vamos a estar unos días aburridos hasta que aparezca.

- Voy a chequear su casa y la de su amigo periódicamente, si le detecto os aviso. Esperad allí.

- Puta madre. -Colgó.

Dos días después de esperar pacientemente ocurrió. Los dos cuerpos estaban al alcance.

Era imposible saber cual era SinSa. Si daba primero a Wally, necesitaría 3 segundos para volver a disparar, y aunque lo más probable fuera que SinSa se quedara pasmado viendo como la cabeza de su amigo explotaba, podría salir corriendo y desaparecer del rango de disparo.

Si no se movía o simplemente se agachaba o tiraba al suelo, estaba muerto.

Seleccionó el cuerpo de la izquierda. Activó la fijación de objetivo y el fusil confirmó el disparo.

Disparó.

Pero la presa se movió. Se giró bruscamente. Le alcanzó en el brazo. Apareció un tercer cuerpo en la habitación. Se fundió con el que Vampiro había decidido como segundo objetivo y desaparecieron. Alguien había entrado y se había llevado a SinSa.

Se había equivocado de presa.

Comenzó a correr en busca de un ángulo de visión de la puerta principal mientras introducía un proyectil de seguimiento en su fusil.

Llegó a tiempo de ver como SinSa junto a otro individuo se metían en un coche.

Disparó acertando cerca del faro trasero izquierdo. El proyectil al impactar se deshizo simulando una mancha de cagada de paloma.

Vampiro se relajó a la vez que un escalofrío de placer y nervios recorría su espalda. La caza no iba a ser fácil, pero al final iba a poder oler mucha sangre fresca.

Capítulo 8. **Intrusión**

Wally regresaba a casa en el asiento trasero de un coche de soporte del hospital. La verdad es que aunque el brazo recién re injertado no le producía dolor, sentía molestias por todo el cuerpo.

Alguien debía de haber avisado del ataque en su casa, porque la ambulancia llegó antes de que se desmayase por pérdida de sangre. En tan sólo dos horas de operación le habían dejado como nuevo. Pensar en lo que tendría que arreglar en la casa le ponía de mal humor. Pensar en las explicaciones sin sentido que tendría que dar a la policía cuando el informe médico llegara a sus manos y decidieran investigar le enfurecía aún más.

Pero primero SinSa.

Subió a su apartamento y saltando entre los cachos de muebles destrozados del salón se dirigió a su cuarto de guerra. No tenía ninguna intención de teclear así que conectó el interfaz al gestor de movimientos de retina, y con movimientos visuales estableció una conexión remota al equipo de SinSa.

No tenía ni idea de qué diablos estaba pasando pero tenía que comprobar que SinSa no la había cagado en alguna intrusión. Nunca había pasado, pero tenía que asegurarse. Algo estaba produciendo que intentasen matar a SinSa deliberadamente, esto ya no era un descontrol provocado por la droga.

Accedió a los sistemas de archivos y realizó un filtro por ficheros modificados en los 3 últimos días. Encontró el directorio de InfoArco, la última intrusión que SinSa había hecho.

Empezó a recorrer los directorios y subdirectorios. La verdad es que SinSa había recogido mucha información, buen trabajo como

siempre. Encontró la zona donde se ubicaban los futuros concursos a ser publicados, el motivo de la intrusión. Nada raro. Documentos, requisitos para certificaciones, órdenes formales de publicación, la misma burocracia de siempre. Había ficheros duplicados con pequeñas modificaciones, señal de que se estaban terminando de perfilar por distintos usuarios cada uno retocando la parte adecuada. Luego se fundirían en un único documento revisado que formaría parte de otros tantos documentos que darían lugar a la publicación de la oferta final. Nada raro. Tres horas de lectura aburrida.

Desconectó el gestor de retina y se recostó en la silla. Abrió un cajón y saco lo necesario para hacerse un canuto de ártesis. Buscó un cenicero que no estuviera rebosando y no lo encontró. Sonrió. Daba igual preocuparse de un poco de ceniza en el suelo tal y como estaba la casa.

Se encendió el canuto. Volvió a conectar el interfaz visual. Esta vez generó un listado de todos los ficheros que existían en todos los subdirectorios que colgaban del principal - InfoArco -, ordenados por tipo de fichero. Activó un autoscroll lento.

Se volvió a desconectar. Dio una calada larga de ártesis y se quedó mirando fijamente la pantalla viendo cómo iban apareciendo uno a uno los cientos de ficheros seleccionados.

Casi llegando al final del recorrido de ficheros, cuando el agotamiento y la bajada de estrés empezaban a aplastarle el cerebro, se fijó en un fichero. Era un fichero de extensión ‘.plg’.

Estos ficheros no son estándares de tipo texto, se utilizan para 'parchear' programas de manera rápida cuando hay que realizar pequeños cambios o correcciones en una aplicación, normalmente mucho más grande y con muchos más ficheros. Pero estos programas nunca se ubicaban en las zonas de trabajo de los usuarios.

¿Qué hacía un parche de un programa en un árbol de directorios de documentos?

Podía haber mil motivos para ello y ninguno relevante pensó Wally. Pero era lo único que tenía por ahora. Se volvió a conectar al interfaz visual. Seleccionó el fichero de nombre 'Am3I.plg' y le activó un editor hexadecimal.

Al ser un fichero binario, la única forma de ver en qué consistía era destriparlo a nivel de código máquina. El editor le mostraba los caracteres agrupados en cadenas hexadecimales, intentaba traducirlo a lenguaje ensamblador y decidió que llegaría también al detalle de ceros y unos si hacía falta.

Lo primero que vio le produjo era totalmente extraño. El fichero no cumplía los estándares de un parche. La cabecera del fichero debía de tener una referencia al programa que debía parchear, la versión y otros detalles necesarios para que el programa pudiera controlar que ese parche estaba o no instalado anteriormente.

Pero no había ninguna cadena de texto embebida dentro del código. De hecho, recorrió todo el fichero visualmente y no encontró nada que tuviera una interpretación lógica de instrucciones de programación.

Estaba claro que este fichero no era lo que aparentaba ser. Esto tampoco era definitivo, ya que cualquiera puede crear un fichero con el nombre y la extensión que quiera y usarlo para lo que quiera. Esto dificultaba más las cosas.

Copió el fichero en su sistema y se desconectó del equipo de SinSa. Nunca había que estar conectado a otras máquinas más tiempo del necesario. Volvió a desconectarse del interfaz ocular, tenía que

prepararse para destripar el fichero y necesitaba algo más que ártesis para hacerlo.

Su alarma de límite de orín del reloj le interrumpió en dirección a la cocina y se dirigió al baño. Recordó que SinSa no había podido mear desde que llegó a su casa. Si no había meado ya estaría a punto de explotar, pero no sabía cómo poder avisarle. Se sintió impotente.

Regresó al sistema con dos cápsulas de dhroal y una botella de ginebra. Odiaba la ginebra, pero combinada con el dhroal le permitiría usar su brazo sin dolor y no tendría que usar el puñetero interfaz visual que era lento y no siempre respondía como debía.

Atacó al fichero. Empezó a aplicarle varios traductores (decodificadores) de diferentes lenguajes de programación, para buscar algún token *(Unidad lógica mínima legible de programación. Un ejemplo de Token en la actualidad podría ser 'FOR', 'WHILE' o 'NEXT' dentro de un lenguaje de programación estructurado)* que pudiera indicarle que demonios era ese fichero.

Nada. Ningún decodificador daba código legible. O era un fichero de apoyo a un programa, y estaba rarísimamente encriptado, o era un lenguaje de programación que Wally desconocía. Y eso era muy difícil. Jodidamente raro pensó. Su equipo de repente lanzó un popup *(Mensaje emergente)* de alarma. Se estaba produciendo una intrusión que estaba modificando un fichero del sistema operativo.

Wally activó un chequeo de conexiones. No había ninguna conexión establecida de ningún tipo a su equipo. No podía ser. Estaba siendo atacado desde dentro. Un virus. Qué narices un virus si no había ejecutado nada nuevo ni en su equipo ni en el de SinSa.

Se había traído el fichero. Mierda. Tenía que ser el fichero. Pero ¿cómo se había activado simplemente editándolo, sin ejecutarlo ni modificarlo?

No podía ser. Tenía que comprobarlo. Volvió a conectarse al equipo de SinSa y accedió a la copia original del fichero. Eran distintos. Su fichero había crecido casi el doble del de SinSa.

No podía ser. Otro popup. Otra intrusión de modificación del sistema. El fichero estaba manipulando su ordenador o tomando el control de éste. Nunca había visto nada parecido. Apretó el botón de apagado del sistema. SinSa tenía problemas, y gordos. El monitor por fin se quedó negro.

Capítulo 9. Interrogatorio

Necesito orinar. Mi cuerpo no me lo pide, porque sus alarmas están totalmente inhibidas, pero mi mente parece una sirena de ambulancia avisándome de que algo va mal.

Quiero fumar. Y un poquito de skunck. Menuda movida. Esto no me está pasando. Es que me estoy volviendo loco.

El ascensor que habíamos cogido mi ángel guardián y yo ascendía rápidamente hacia la superficie provocándome esa náusea característica que genera el estómago cuando sufre el efecto de la aceleración.

Observé con cuidado a mi acompañante. Debía medir más de dos metros, y su enorme corpulencia parecía innata. La mayoría de los tipos que se alteraban la complexión artificialmente tenían alguna característica que les delataba, como una cabeza pequeña, un cuello fino o unas manos ridículas comparadas con el cuerpo.

Pero mi nuevo amigo estaba físicamente compensado, por lo que confirmé mentalmente que realmente era un 'cachas' a la antigua usanza.

Estaba claro que no quería hacerme daño, sino protegerme. No era policía, ellos siempre trabajaban en grupo, y casi siempre uniformados. Pero pude observar algunos implantes, todos de características de poder físico, por lo que debía ser alguien acostumbrado a la acción.

Ya te digo, la forma como irrumpió en la habitación de Wally y me sacó de allí lo confirmaba.

Tengo ganas de abrazarme a él y romper a llorar. Quiero decirle que tengo miedo y que estoy perdido, confundido, asustado. Me arriesgo a hablar.

- Tengo que mear - dije sin poder evitar que me temblara la voz.

- Pronto - contestó. Su voz era normal.

El ascensor se detuvo. No habíamos salido a la superficie, pero estábamos cerca de ella. Sólo los edificios oficiales y los hangares de transporte público estaban ubicados en esa zona. Entramos en un pasillo con muchas puertas a los lados. Nos detuvimos delante de una. Mi nuevo amigo requirió acceso y tras dejar que el sistema verificarse su retina la puerta se abrió.

La sala que apareció ante mis ojos me dejó confundido. Eran policías o militares, o ambas cosas. Algún cuerpo especial seguramente. Unos treinta individuos estaban esparcidos entre mesas llenas de papeles y monitores.

Atravesamos la sala y entramos en una pequeña habitación, con una mesa redonda en el centro y cuatro sillas alrededor. Mi acompañante me hizo un gesto y me senté sin rechistar. Me estoy orinando maldita sea.

Se sentó en la silla de enfrente y empezó a manipular controles remotos de sus implantes ubicados en su antebrazo. Seguramente estaba desactivando algunos de ellos ya que ahora se sentía seguro y no los necesitaba. Empezó a hablar.

- Me llamo Alberto. Soy un agente de un cuerpo especial que no merece la pena nombrar.- Su voz era cortante como una cuchilla - Nos gustaría saber por qué tienes detrás a uno de los asesinos a sueldo más peligrosos que hay actualmente.

- No tengo ni idea - contesté - Pero es la segunda vez que me intentan matar en dos... No, tres días. Pareció sorprendido de que no fuera la primera vez.

- Uhmm... ¿quién te ha atacado antes? - preguntó

- No tengo ni idea. Me habían tapado la cabeza con un saco. Lo único que tengo es esto - dije a la vez que levantaba mi mano vendada.

- ¿Dónde te atacaron?

- No lo recuerdo.- Le conté todo lo que recordaba, cómo había perdido el conocimiento cuando me cortaron los dedos, como me solté del sillón y cómo salí de allí vagando sin rumbo hasta llegar a la casa de Wally.

Activó un comunicador que había en la mesa y dio una serie de instrucciones, seguramente para barrer la zona en busca del lugar donde me torturaron. Me equivoqué.

Estoy pensando como un histérico acelerado.

A los dos minutos apareció otro agente con una carpeta en la mano. Alberto había pedido mi historial. Por el grosor de la carpeta, tienen mucha más información de mí de lo que yo imaginaba. Pasó casi 30 minutos leyendo mi historial. Parecía que se lo estaba aprendiendo de memoria. Volvió a hablar.

- Vaya elemento estás hecho. Has penetrado en todos los sistemas gubernamentales. Al menos a nosotros no nos has destripado, que sepamos - ¿estaba sonriendo?.

- Quizá si me dices cómo os llamáis te lo pueda decir – le digo, pero recibo... ¿Otra sonrisa por respuesta?

- Bueno SinSa, si no nos ayudas estás frito. No podemos protegerte todo el tiempo, y parece que los que te quieren borrar del mapa tienen muchos recursos. Vampiro es el más caro de todos los matones, por eso es el mejor.- Su voz araña cada vez más mis oídos.

- Es que no tengo ni idea porqué me quieren matar. Ya te he dicho todo lo que recuerdo. Estaba intentando averiguar algo cuando llegaste. Por cierto, ¿sabes algo de mi compañero?

- Estará bien. Mandé un aviso desde el coche para que fueran a por él. Vi que le alcanzaron en un brazo, así que deja de preocuparte por él y centra tu mente en ti, que lo tienes jodido.

- Pero ¿cómo sabías que me estaban atacando? -pregunté

- No lo sabíamos. Estábamos tras la pista de Vampiro y nos llevó hasta ti. Necesito saber qué enemigos tienes. Dime, ¿a quién le puede interesar verte muerto?

- Lo único que se me ocurre es que alguna de mis penetraciones no haya gustado demasiado a alguien, y trate de vengarse. Pero últimamente no he hecho penetraciones de entidad suficiente como para tener a ese hijo de puta detrás de mí.

- Háblame de tus últimas intrusiones.- Me pidió

- Penetraciones - le corregí.

- Vale lo que tú digas. Todos los penetradores sois iguales. Vuestra jerga es sagrada. Menuda gilipollez.

- No es eso - volví a corregirle, esta vez ofendido por su reprimenda - una intrusión no es lo mismo que una penetración, la intrusión... - iba a explicarle la diferencia pero me interrumpió secamente.

- Que sí, que lo que tu digas, cuando te vaya a visitar a la tumba ya me leeré despacio un artículo que lo explique bien, pero ahora me cuentas que cagadas has hecho recientemente. – Qué bien… Si ni siquiera diferencia una intrusión de una penetración a ver cómo le explico mis últimas hazañas, que coño cagadas, auténticas hazañas.

- A ver cómo te lo cuento.- dije pausadamente.

- Fácil. Dime, ¿dónde penetraste por última vez? - volvió a interrumpirme. Me estaba poniendo nervioso, lo que me hacía recordar cada vez más mi necesidad de orinar.

- En la empresa InfoArco. Saqué una serie de concursos para asignar nuevos proyectos que aún no han sido publicados.

- ¿Dónde está esa información? - me preguntó.

- En mi equipo. - contesté.

- Bien, vamos a conectarnos a él y ver qué es lo que tienes.

- Imposible. Lo dejé cerrado. Sólo el equipo de Wally, que está donde me salvaste, tiene permitido el acceso remoto a mi ordenador. Pero no creo que los datos de InfoArco tengan importancia. Además evité la jaula a la perfección por lo que no pueden saber que les penetré.

- ¿Jaula? ¿Qué es eso? ¿Más jerga?

- uhmm... Si realmente quieres saberlo voy a necesitar unos minutos para explicártelo.- Por fin hablábamos algo sobre lo que tenía control.

- Tienes tres. – dijo. Bah, en dos se lo dejo claro sin decirle una palabra de cómo se hace realmente.

- Vale. Cuando alguien entra en un sistema, dependiendo de a dónde acceda o qué haga, se activa una 'jaula' contra esa conexión. Dicha jaula recoge todas y cada una de las operaciones que realizas en el sistema y las almacena en un lugar. Sobre este lugar hay un proceso que se encarga de replicar esta información a otra máquina, y en esta otra se vuelve a replicar. Así durante un número indefinido de veces.

El truco consiste en saber rastrear todos esos ficheros de seguimiento. Ir modificándolos para que no aparezcan una serie de operaciones, y al final conseguir que la última replicación sea tu propia máquina. De esa forma la lista de ficheros replicados se detiene y está totalmente controlada por ti.

- Parece fácil. Vosotros los penetradores con tanta jerga hacéis dos chorradas y os creéis algo.- Se está pasando. Pero esta vez no le voy a contestar. Cuanto menos importante parezca lo que hacemos, menos caso nos hará y podremos seguir penetrando hasta el sistema más resguardado.

- Por eso no creo que InfoArco sea relevante. - explicado.

- Ya, pero de momento quiero asegurarme. Vamos a tu casa. No sé si la máquina de tu amigo seguirá operativa.

- Pero si vamos a casa de Wally podemos volver a conectarnos y además así sé si está bien.

- No tenemos tiempo. Le puedes llamar desde el coche. Espera un momento. Volvió a hablar por el intercomunicador tan bajo que no pude oírle.

Volvimos al ascensor en dirección al coche.

Mierda, no he meado.

Capítulo 10. Completo

Lobato tendría que esperar aún dos horas más para tener resultados. Parecía poco tiempo al lado de los 5 años y medio que había durado toda la investigación, pero ahora, a punto de conseguirlo, dos horas eran mucho tiempo.

Verificó de nuevo visualmente que sus dos colaboradores estaban pendientes de los monitores de supervisión, y volvió a repasar mentalmente todos los pasos de la intervención en busca de algo que se les hubiese olvidado. No lo encontró, y dejando libre su flujo de recuerdos regresó a los principios de la investigación.

Después de doce años en Zytech, había conseguido la posición laboral que él siempre había deseado. Jefe de experimentación de implantes. Zytech era una empresa destacada en la producción de implantes en animales de compañía, pero quería saltar al mercado humano, y al expandir su producción, Lobato fue el elegido para la dirección del nuevo área.

Al principio el trabajo era abrumador. Desplegar toda la infraestructura necesaria para la nueva producción era un trabajo inmenso. Los implantes humanos requerían procesos de fabricación y controles de calidad mucho más exhaustivos que en el caso de animales. Y por otro lado Zytech presionaba constantemente para que la producción comenzara lo antes posible. Pero cuando por fin estuvo en marcha, el trabajo de Lobato perdió intensidad.

Fue entonces cuando escribió el artículo sobre la teoría del Completo. Llevaba mucho tiempo sin escribir nada en el foro privado de investigación al que pertenecía, así que decidió publicar unas cuantas líneas, y pensó que plantear la idea del Completo amenizaría un poco los debates.

Acertó, ya que hubo cientos de críticas en su contra, provocando incluso alguna petición de que se le excluyese del foro.

Ningún investigador aceptó como posible la teoría de Lobato. Algunos dijeron que en un futuro muy lejano quizá, pero que en le actualidad cualquier investigación enfocada a esa idea sería inútil.

La idea exponía la posibilidad de cambiar radicalmente la forma de pensamiento científico. En lugar de tender hacia un ser perfecto a través de la implantación sucesiva de injertos cada vez más evolucionados, Lobato centraba la evolución en el trasplante de órganos previamente perfeccionados a través de la genética. Pero no sólo eso, sino que la meta era conseguir el trasplante completo, es decir, cambiar el cerebro de un cuerpo humano a un cuerpo prefabricado de alta calidad, con características específicas para el desempeño de tareas concretas, como la de soportar las radiaciones solares y volver a la superficie. Esto levantó muchas ampollas, ya que no existía implante capaz de conseguir eso. Fue tachado de visionario loco.

Dos semanas después, el gobierno a través de una agencia que él desconocía, le había convencido para firmar un contrato de proyecto confidencial en el que podría desarrollar su teoría.

Ahora, faltaban dos horas para que su primer Completo se despertara.

- Señor - Uno de sus ayudantes le volvió al presente – Tiene un aviso urgente. Debe presentarse en la sala B ahora mismo.

- Voy. - Dijo mientras se dirigía a la puerta. Se preguntaba qué podía ser tan importante como para interrumpirle en ese momento. No había nada tan importante. Pero la sala B era la sala de reuniones seria. Sólo las conversaciones que no debían filtrarse bajo ningún concepto se realizaban allí.

Al entrar, encontró dos rostros reflejados en sendos monitores. Eran los dos rostros digitalizados con los que siempre hablaba cuando el gobierno intervenía. Uno masculino y otro femenino. Seguramente los sexos reales de las personas que le hablaban no coincidían, pero el gobierno quería aparentar siempre una igualdad de género, aunque fuera a través de monigotes digitalizados.

- Háblenos del proyecto PLG. – Dijo el rostro masculino.

- ¿Pero qué? ¿PLG? Estoy a punto de dar un giro en la historia de la ciencia y ¿¡me entretienen con un proyecto insignificante que realicé hace cinco años!? – Contestó Lobato.

- Usted no tiene entidad para decidir la relevancia de ese proyecto. Pese a ello, decirle que toda su investigación está apoyada en él, por lo que debería tener una idea más correcta a cerca de dicha relevancia. – Esta vez habló la mujer.

- Eso no es cierto. – Lobato empezaba a enfurecerse – Mi investigación no se apoya en PLG. Es la confidencialidad del proyecto lo que protege. Es un sistema de encriptación con autodefensa. Cierto que todo el proyecto Completo está protegido con PLG, pero nada más.

- ¿Qué fiabilidad tiene ante un ataque de penetración? – Preguntó el rostro femenino.

- Cero. PLG no protege ficheros ante copia o duplicación, ya sea un penetrador o cualquier otro. Sólo se defiende ante un intento de descifrado. - Contestó Lobato.

- ¿Qué fiabilidad tiene ante un intento de descifrado? – Volvió a preguntar el rostro femenino.

- Hasta el momento nadie lo ha descifrado. Esto ya lo sabrán ustedes mejor que yo. – Lobato decidió dar más detalles para intentar acabar lo más rápido posible y regresar al laboratorio. Continuó.

- El sistema se basa en la infección de todos los programas que pueden editar un fichero en modo hexadecimal. La rutina de edición que todos utilizan es estándar, y lleva infectada más de cuatro años. Cuando cualquier programa edita un fichero, primero verifica que no sea de tipo PLG, y si lo es, entonces activa la rutina de defensa. Nadie imagina que es el editor de ficheros el que está infectado, porque siempre lo ha estado. – Siguió.

- La rutina de defensa realiza varias tareas. Primero modifica el fichero PLG aleatoriamente destruyendo la codificación, de manera que es irrecuperable. Después intenta tomar el control del sistema para rastrearlo buscando información relevante acerca del usuario. Por último envía esa información junto con una alarma a un centro receptor del Gobierno que desconozco. Quizá eso lo sepan ustedes. Claro. Han recibido una alarma ¿No? ¿Qué fichero se ha filtrado?

- Esa información no es relevante para su proyecto. Muchas gracias por su colaboración – Contestó el rostro masculino, mientras ambos se apagaban tenuemente avisando de un inminente corte de la conversación.

- Si era un documento de mi proyecto sí que es relevante. - Empezó a gritar Lobato, pero las imágenes ya no estaban. Estaba claro que algo se les había escapado algo y podía poner en peligro la investigación. Alguien iba a pagarlo caro, seguramente con su vida.

Mientras regresaba apresuradamente al laboratorio, Lobato sintió que tenía unos ojos en su espalda. Esta sensación nunca le abandonó hasta el fin de sus días.

Capítulo 11. **Ataque**

Estoy exhausto. Ni siquiera la tensión de volver a casa me esconde el cansancio. Pienso una y otra vez lo mismo, ¿qué está pasando? ¿Por qué? Es agotador.

Ya no sé cuánto tiempo llevo sin comer, sin dormir, sin drogarme, sin mear. Lo único coherente sería que de pronto me despertara y descubriera que todo ha sido un mal sueño producido por el brainderth, incluso la sensación de orinar encajaría, como cuando tus ganas se mezclan con los sueños variándolos hacia un escenario favorable para mear, pero donde siempre ocurre algo que lo impide, porque realmente estás en la cama.

Pero esa sensación me abandonó hace muchos años, y yo no estoy dormido. Lo que estoy es paranoico. Y cansado. Estamos llegando a mi casa. Alberto está activando sus implantes. Parece aún más grande. Es como si de estuviera inflando. Si le pincho con un alfiler explota. Dios que locuras pienso.

Me centro. En el centro. Y 'pa' adentro. Já, que rima. Voy a morir. ¡Céntrate ostias! Ya sé. Tengo que avisar a Alberto. Le hablo.

- No hemos tenido en cuenta mi sistema de protección.

- ¿De qué sistema hablas? – me pregunta.

- Mi equipo, mejor dicho, mi casa está protegida contra intentos de acceso. Si alguien no autorizado entra, toda la información relevante de mi equipo se borra al instante.

- ¿Por qué crees que vienes conmigo? – esta pregunta no me la esperaba. Cualquiera piensa en eso. Con mi locura actual. Menos mal que él mismo se contesta.

- Si no te hubiera necesitado para entrar, no te estaría poniendo en peligro ahora. Estarías en un lugar seguro. ¿Te crees que tú eres el único que sabe hacer su trabajo?

Vaya. Está tenso. Bronca que me como. Este tipo tiene algo en contra de los penetradores. Seguro. Já, que listo soy. Espera. No me fío. Es un madero. A lo mejor no tenía ni idea. Me trae como cebo.

Está aprovechando la ocasión para tener una disculpa. Que mamón. O no, es porque me necesita. Sólo yo sé cómo hay que desactivar el sistema. Y no se puede explicar. Hay que tocar en un punto de la pared antes de 15 segundos. No se puede acertar sin verlo antes. Y mi retina. Y la clave de diez dígitos. Me necesita. Soy el cebo. Voy a morir. Calla. No, sigue hablando. Sigo.

- Pero si alguien ha intentado entrar antes que nosotros habrá borrado toda la información de InfoArco y todo lo demás.

No parece que vaya a cambiar de dirección. No nos vamos a un lugar lejano donde pueda seguir con mi vida como si nada. Y si han entrado, a la mierda todos los módulos del 'sensaciones', que faena. Debería recordar mi último polvo. Eso es. Recordar mi último polvo. Eso hay que hacer antes de morir. Tengo las uñas sucias. Ya me estoy volviendo a ir. Cagueta. Marica. Ahí está mi casa.

Mi apartamento está en el segundo piso. Todo parece normal. ¿Y qué quieres que parezca? es un puto portal de un edifico vulgar. Subimos por las escaleras y nos paramos en la puerta. Activo el lector de retina y el control de clave. La puerta se abre .No me hace falta desactivar más cosas. Todo está revuelto. Han entrado.

A la mierda mis datos. Se lo dije. Seguro que le da igual, lo único que quiere es que mi asesino se muestre, para tener una medalla que ponerse si le atrapa.

Seguro que el edifico está rodeado por miles de policías armados hasta las amígdalas.

- Mierda, mierda, mierda. Han entrado.

- No me digas, pensaba que eras así de ordenado.- Su voz se ha tornado más metálica al tener activos todos sus implantes. Seguro que los materiales de aleación ligera que lleva injertados producen ese efecto. O las campanillas que suenan en mi cabeza. Continúa hablando.

- Deberías confirmar que efectivamente toda tu información ha desaparecido. Y tampoco tendrás una copia ¿no?

Le voy a contestar pero no puedo. Me ha escupido a la cara. Sangre. Me ha vomitado sangre encima. Se inclina hacia delante. Gira sobre sí mismo dándome la espalda. Puedo ver un mango de un cuchillo clavado en su espalda cerca del costado. Me aparto. ¿Qué coño pasa?

Entonces le veo.

Dios que miedo.

Mi cerebro se caga encima sólo de ver los ojos de mi asesino. Está frente a Alberto. Como encogido.

A punto de saltar.

Preparado para matar.

Pero Alberto no está rendido. Herido sí, pero muerto no. Por favor que no te haya matado. Defiéndeme. Saca tu arma y métele mil tiros en la boca. ¿¡Venga!?.

Pero no saca su arma. El asesino está muy cerca de él. Si hace el amago, le saltará encima y no podrá reaccionar.

Eso o está tan jodido de la puñalada que ni piensa en su arma. No por favor. Venga, ahora llegan los refuerzos. Un batallón de policías aparece por todas partes y hacen cachitos al mamón.

Joder, no aparecen.

Me muero de miedo. Era cierto. No era un cebo. No hay apoyo. ¿Qué hago?

Me agacho.

Me encojo.

Me cago de miedo. Estoy paralizado.

Empieza. Se abrazan. Es una lucha sucia, brutal.

Implantes contra implantes, a ver cuál es más tosco. Los puños golpean sin apuntar. Se agarran, se sueltan y vuelven a chocar. Caen al suelo abrazados.

Alberto golpea en el suelo con el mango del cuchillo clavado y desgarra el aire con un grito de dolor.

Me pongo a llorar. Me siento arder. Quiero irme pero no puedo moverme. Me siento y abrazo mis piernas. Me encojo más. El asesino está encima de Alberto. Le está golpeando en la cara sin piedad. Un puño, otro, otro, dios le está destrozando. El hijo de puta tiene un diente clavado en sus nudillos pero sigue golpeando. Lo mata. Lo mata. Alberto ya casi no se mueve. Sangre. Todo lo que le envuelve es sangre.

Joder, que lo ha matado, y ahora va a venir a por mí .Pero ¿por qué le sigue golpeando? ¿Por qué absorbe con su nariz como si quisiera esnifar la sangre de Alberto?

Voy a morir. Voy a morir. Me va a hacer daño. Voy a morir. Dios, me muero. No, no, no, hijo de puta. Esto no puede ser. Ahora entra alguien y me salva. Yo soy el bueno. No puedo morir. No, no, no, cabronazo.

Te mato.

¡Te mato!

Me impulso con mis piernas. Con todas mis fuerzas.

Contra él.

Está aún inclinado sobre Alberto. No le voy a hacer ni un poco de daño.

Un cacho de carne fofa contra un cuerpo casi metálico.

Voy a chocar contra una pared. Ojala me desmaye y se acabe esto.

Pero quiero matarle. Mi miedo es rabia, odio. Mis ojos no se abren. O están ciegos de lágrimas.

Consigo alcanzarle, pero me tropiezo. Joder, he pisado a Alberto.

Mi equilibrio es el de un esquelético flan. Pero mi tropiezo hace que él no me detenga.

Le empujo. Vaya mierda de empujón. Me agarra antes de caer, pero la ventana se acerca.

A tomar por culo.

Sigo empujando con mi cabeza sobre su pecho.

Me hunde un puño en mi espalda. Mis pulmones dejan de funcionar. Angustia. Empujo. Empujo.

Voy a morir.

Le he tirado.

Un mierdecilla acojonado te ha tirado, jódete.

Sólo me da tiempo a levantar un poco la cabeza mientras caemos. No quiero mirarle porque me da miedo, pero quiero mirarle para decirle con mis ojos que se joda.

Que está muerto.

Golpea primero contra el suelo. Su nuca estalla.

Golpeo yo. Me aplasto contra su cuerpo. Mis costillas se doblan y se parten. Mi frente y su nariz se besan, se funden en tono rojo mientras mis oídos escuchan un '¡Clack!'.

No veo.

Pero respiro. O estoy muerto.

No, un hilo de sangre manando de mis oídos me indica la vida.

Estoy tranquilo.

Empiezo a mearme. Joder que gusto.

Oigo pasos acercándose. No mierda, son mis latidos. Y se alejan.

Tengo sueño. Y frío.

Me duermo.

Capítulo 12. **Sueño**

Llevaba más de 3 años buscando. Había recorrido demasiados kilómetros, demasiados lugares, pero había encontrado la espada. Desde hacía tres años, día tras día, al dormir, soñaba con Kasti... ese maldito ser, ese demonio humano que había matado a mi padre, a mi madre, a mi alma.

<< Sólo podrás acabar con él si consigues la espada azul, fúndete en ella y podrás vencerle. >> Me había dicho mi padre mientras se sujetaba la sangre que le hacía morir, que se le escapaba entre los dedos.

Maldito Kasti. Llegó al pueblo una mañana sembrando el miedo a su paso. En poco tiempo la gente empezó a pagarle para no morir, y poco más tarde el pueblo era suyo.

Excepto mi casa. Mi padre le daba miedo. Al principio, intentó usar matones de poca monta, pero la habilidad de mi padre con la espada les superaba sin dificultad. Mi padre no quería pelear, y sólo cuándo estaba en peligro su casa o su familia utilizaba la fuerza. Hasta que se enfrentaron. El combate fue corto, muy corto, no duró más de quince segundos, aunque para mí fueron largos, eternos.

El tiempo se paraba cada vez que mi padre lanzaba un ataque y Kasti lo repelía. Sólo mi madre yo estábamos entrenados lo suficiente como para poder seguir los filos de las espadas, y sólo mi madre y yo pudimos ver la lucha. Hubo más de 60 ataques y defensas en esos quince segundos, todos ellos estudiados, practicados y refinados por mí después durante los tres años que he estado buscando.

Incluso el último ataque. Nueve movimientos encadenados que reventaron a mi padre en pedazos. Uno de sus brazos golpeó a mi madre y la tiró al suelo, mientras que con el otro mi padre intentaba sujetarse la cadera al cuerpo mientras caía.

Pero ahora la tengo. Tengo la espada azul y voy a matar a Kasti. Sé que le voy a matar porque he dedicado toda mi alma a ello desde hace tres años, y ahora estoy preparado.

Mientras avanzo por el camino, siento como me lleno de fuerza, de aliento. Todo el esfuerzo, el entrenamiento, toda la preparación de estos años me llena de golpe haciéndome sentir seguro. Le veo a lo lejos. Me está esperando. Sabe que voy a matarle. Sabe que hoy es el día que él mismo decidió que existiera cuando me dejó con vida. Sólo utilizó la funda de su espada para detener mi alocado y joven ataque después de matar a mi padre y de que mi madre le intentara apuñalar, recibiendo a cambio un corte que la partió en dos a la altura de sus senos.

Me acerco. No hace falta hablar. La muerte hablará dentro de poco. La muerte gritará su nombre. Se prepara. Su posición no es normal. No para una defensa normal. Pero no me preocupa. El primer ataque lo lanzo yo. El ataque es rápido, preciso, yo ya había matado con él. Quiero asustarle, que su defensa le preocupe. Mierda, no se defiende. Se ha movido.

Antes de mi segunda combinación no está.

Siento un corte.

El hombro, el pecho, la cintura.

Me ha partido en dos.

Epílogo

Llevo dos meses en el hospital. Todavía soy incapaz de mover las piernas pero al menos ya me dejan fumar ártesis sin salir de la habitación.

Wally me visita de vez en cuando, ahora trabaja con Alberto. A veces vienen ambos a visitarme pero prefiero que venga Wally solo, odio fumar droga delante de un policía aunque sea uno al que he salvado la vida.

No puedo dormir. Tengo demasiado miedo. Aún no sabemos quién contrató a Vampiro para matarme ni por qué lo hizo. Y eso me tiene intranquilo. Mucho.

Tengo ganas de mear.

Fin.

Los dos poderes

(Los orígenes de Omini, 2009)

Objetivo

Ponerse un objetivo en la vida es un error. La gente se lo pone para darle sentido a su vida, para tener algo por lo que luchar. Pero se vuelve contra ellos.

Los que lo consiguen, los que llegan, se llenan de un vacío enorme, porque después de haberlo conseguido, ya no queda nada más por lo que luchar.

'No, ahora me marcaré un nuevo objetivo más difícil de superar' dicen algunos.

Entonces, lo único que consiguen es vivir amargados hasta su muerte, igual que el que se pone un objetivo y nunca lo consigue.

Ahí acaba. Cuando llega tu hora, sientes que no lo has conseguido, que has fracasado porque no pudiste alcanzar tu meta. Te has quedado en el camino. Mueres arropado por la decepción de una vida incompleta y vacía.

Ponerse un objetivo en tu vida es un maldito error. Pero no siempre. Hay una salida. ¿Y si tu objetivo es, precisamente, la inmortalidad? Podrías seguir corriendo hasta llegar a la meta, a todas las metas que quieras.

Esto no me lo he inventado yo.

Mucha gente se fuerza a un modo de vida, e incluso a una muerte, para conseguir la inmortalidad. A través de la reencarnación budista, de postrarte a la vera del Señor o de vivir eternamente rodeado de vírgenes después de haberte suicidado en tu guerra santa.

Pero esta es una inmortalidad después de la muerte. No me vale. Es como comprarte un coche nuevo cuando tu edad ya no te permite conducir.

Un objetivo en la vida es un error. La vida como objetivo es mi acierto.

Capítulo 1. **Ioana**

Yo tenía veintiséis años cuando conocí a Ioana. Ella tenía dieciocho, pero su forma de hablar y su comportamiento le daban un aire mucho más maduro que la tersura y juventud que su aspecto físico reflejaba.

Sé que se enamoró de mí. Lo sé porque vino de turismo una semana y se quedó diez años a mi lado. Al principio mi vida era un continuo sueño. Disfrutar de ella era una constante explosión de éxtasis. Oír su voz, sus ideas, su inmensa - a la par que asombrosa – cultura. Todo era sublime.

Al año de conocerla rechazó mi propuesta de matrimonio por primera vez. Volví a intentarlo dos veces más, pero no tuve éxito.

Nunca conocí a su familia de Rumanía y nunca quiso conocer la mía, siempre argumentando lo mismo: "Conocer a personas te ata a ellas, yo no puedo atarme a nadie salvo a ti y lo hago por lo que siento, que ya no puedo cambiar".

Daba igual, la tenía y ella se dejaba tener por mí. Pero pasaban los años, mi cuerpo envejecía revelando arrugas nuevas, pero Ioana seguía brillando con la fuerza del primer día, mostrando los mismos dieciocho bellos años, ni uno más.

Al principio para mí era una bendición, incluso bromeaba al respecto "ya verás cuando tenga noventa años y tu sigas como ahora, la gente me tachará de viejo verde". Al ver que ella no sonreía con la broma, dejé de hacerla. Pero hizo que me consumiera en dudas, aunque ninguna tan importante como para quitarme la ceguera que mi amor hacia ella me provocaba.

Con treinta y seis años, diez después de conocerla, me dejó. Se fue. Un día no estaba. Su casa vacía, sin nueva dirección, sin teléfono móvil, nada. Desapareció.

Deseé morirme. Pero no. Antes de morirme necesitaba saber por qué me había dejado. Un porqué y sería feliz soportando mi alma muerta. Sólo tenía dos pistas. Su lugar de nacimiento: Prejmer, un pequeño pueblo del condado de Brasov y la conversación que habíamos mantenido la noche anterior.

Ella estaba tensa, triste. Para mí era difícil reconocer estos sentimientos en ella, pero estaban claros después de estudiar sus facciones - siempre igual de frescas - durante diez años.

Me habló de la belleza eterna. De imaginar ser siempre joven y de lo duro que sería ver envejecer a los que amas. Me hablo de lo efímero que era este mundo, de lo injusto que era con las personas. Me habló de la inmortalidad. Para mí era mucho más importante centrar la conversación en nosotros, en saber si había algún problema para correr hasta dejarme el aliento y poder solucionarlo. Pero ella volvía a su tema. Lo eterno contra lo efímero.

Ahora tenía que intentar concentrarme en todo lo que me quiso decir, no en lo que yo había deseado oír. Porque ya no la tenía a mi lado para que me lo recordara. ¿Me estaba diciendo que debía buscarla o simplemente que se iba? ¿Acaso me estaba diciendo que era inmortal y que ya no le interesaba porque me había quedado obsoleto, viejo y caduco?

Empecé a recordar, esta vez todo lo fríamente que mis desgarrados sentimientos me permitían. Diez años. En ellos, Ioana había sido hermética con su pasado y sus conocidos. No había amigos salvo

los comunes, no había familia (es natural cuando vives lejos de tu tierra) ni llamadas ni cartas ni correos electrónicos. No recordaba haber visto ni por casualidad nada de esto.

Y su juventud. Como el primer día. Busqué fotos. Estaba igual. No había envejecido un ápice. De dieciocho a veintiocho se nota en una mujer. Pero no en ella.

Me retorcí en mis pensamientos durante una semana. La tortura se hizo insostenible, así que hice la maleta y me dirigí al aeropuerto.

Ioana, voy a encontrarte aunque sea lo último que haga en mi vida.

Capítulo 2. **Omini**

Omini jugaba en su habitación. Había enmudecido su juego de cubos multidimensionales para no molestar a sus padres. Las paredes de papel y fibra de vidrio protegían del frío y la luz, pero no del ruido.

A sus padres les molestaba que Omini jugara con los hipercubos, no les parecía normal que un niño de ocho años resolviera puzles que ellos mismos eran incapaces de hacer en el nivel de dificultad más bajo. Pero el tutor de su centro les había forzado sutilmente a que lo dejaran jugar… "Necesita potenciar sus habilidades, no hacerlo puede provocar que entre en desidia o falta de interés".

Manipulaba un puzle con más de 200 cubos flotantes entrelazados cuando escuchó un ruido seco en el salón. Al ruido le siguió un grito inacabado saliendo de la boca de su madre. Empezó a sentir miedo. Llamó.

- ¿Mamá?

- ¿Papá?

La pared que unía su habitación con el salón se desgarró.

Aparecieron dos hombres. Omini los percibió como dos enormes y malvados gigantes. Detrás de ellos pudo entrever a sus padres tendidos en el suelo y rodeados de sangre roja, muy roja.

Su miedo aumentó hasta quedarse paralizado. Los hombres avanzaron hacia él. Hizo lo único que su miedo le permitió.

Activó el escudo.

A los dos años, mientras jugaba en el jardín, sintió mucho miedo porque su perro, también jugando, se lanzó hacia él para chuparle la cara. Justo antes de chocar con Omini, el animal salió rebotado hacia atrás como si hubiera una pared en medio.

Omini podía generar a su alrededor un campo de fuerza que él llamó 'el escudo'. Guardó su secreto, al principio porque no sabía expresarlo, después por miedo a ser aún más rechazado por sus padres debido a sus 'rarezas'.

Ahora su escudo era la única defensa contra esos hombres malos que habían hecho daño a sus padres. Lo activó con todas sus fuerzas y los hombres chocaron contra él.

- Ha activado el campo – Dijo uno de ellos mientras se echaba hacia atrás. El otro acercó lentamente sus manos hasta que se topó con el escudo. Abrió los brazos abarcando todo lo posible la esfera de fuerza que rodeaba a Omini y empezó a presionar, como intentando explotar una gran pelota de playa.

Omini empezó a sentir la presión. Su cabeza empezó a dolerle. El hombre estaba haciendo una fuerza enorme sobre su escudo, lo estaba abombando. El dolor cada vez era mayor, las manos del hombre se acercaban más y más a su cuerpo, sentía que su escudo explotaría en cualquier momento.

Empezó a pensar que dormirse sería bueno. Dejaría de dolerle la cabeza y no vería a los hombres malos. Estaba cansado, pero el miedo le hacía resistir.

Entonces entro.

Necesito tiempo para estudiar la situación. Está claro que el niño aún está ileso, pero desconozco los poderes de los dos cazadores. Me doy tiempo.

Aumento mi velocidad corporal hasta que mi alrededor se detiene. Todo se torna lento, casi paralizado. Me estoy moviendo muy cerca de la velocidad de la luz.

Observo al primer individuo. Está separado del niño, lo que me hace pensar que no es efectivo físicamente y por tanto poco peligroso. Probablemente ni siquiera tenga un poder. Aplico densidad a mi mano derecha y golpeo su cabeza. Hundo ésta aplastando su cuello hasta que sus orejas golpean su clavícula.

Uno menos.

El otro me preocupa más. Es obvio que su fuerza sobrehumana proviene de un poder. Pero es un lacayo, está realizando una tarea que no se asigna normalmente a cazadores de 'importancia'. Posiblemente el poder es cedido, momentáneo o incluso controlado.

Está presionando el anillo defensivo del niño. Así no voy a poder agarrar al chico. Tampoco me parece buena idea dejar inconsciente al chaval para que su campo ceda, puedo lastimarle.

Tengo que soltar la pinza del cazador. Y tengo que hacerlo rápido, éste empieza a girar lentamente su cabeza, probablemente se está dando cuenta de que su compañero ha 'encogido' de repente.

Sujeto una de sus manos con las mías y empiezo a tirar hacia atrás. Es muy fuerte. Posiblemente está aplicando todo su poder en ese momento y yo estoy intentando contrarrestarlo con la misma fuerza. No me va a dar tiempo.

Palpo sus muñecas. No están densificadas. Bien, como imaginaba, su poder es bastante limitado. Cojo un pedazo de pared del suelo. Es fina como una hoja de papel, pero sólida como el filo de un cuchillo.

Dos cortes y las dos manos empiezan a desprenderse de su cuerpo lentamente.

La presión en el escudo empieza a ceder. Sujeto al cazador por el pelo y tiro de él. Le separo totalmente de sus manos todavía flotando y lo dejo en suelo. Pongo mi pie en su cuello y aumento la densidad de mi pierna. Dejo que mi propio peso hunda su nuez y aplaste sus cervicales.

No voy a volver a velocidad normal aún, primero quiero agarrar al niño, desconozco el alcance del ataque y quiero asegurarme de que no corre peligro. Aunque parece que todo ha terminado, soy demasiado perro viejo para confiarme a estas alturas.

Vuelvo a modificar mi densidad. Rebajo mi estado sólido todo lo que puedo sin peligrar mi consistencia ya que estoy en modo velocidad y si reduzco demasiado mi densidad podría deshacerme como una cebolla metida en una batidora a máxima velocidad.

Necesito atravesar el escudo del niño para poder cogerlo. En vez de intentar romperlo como el cazador, intento simplemente atravesarlo. Pero es muy consistente, choco contra él.

No tengo más opción, salgo del modo velocidad, disminuyo al máximo la densidad de mis brazos y atravieso el escudo sin dificultad. Cojo al niño y salgo del edificio.

Capítulo 3. **Prejmer**

Prejmer era un pueblo hace tiempo, cuando yo llegué buscando a Ioana era una especie de aldea satélite anexada a Brasov, una ciudad de unos trescientos mil habitantes.

Durante los cuatro años que busqué a Ioana, mi mente no paró de dar vueltas y vueltas sobre las dos mismas ideas: la inmortalidad y el vampirismo. La primera porque era mi último nexo de unión con ella, y la segunda porque además de relacionarse directamente con la primera, era inevitable en la región de Transilvania donde me encontraba.

Cualquier habitante nativo al mirarme me gritaba con los ojos 'Tú has venido en busca de vampiros' probablemente porque cualquier extranjero que llegaba hasta esta región, una ciudad rodeada por un inmenso y vacío valle, lo hacía buscando el morbo del vampirismo.

La primera vez que hablé sobre vampiros, mucho antes de viajar a Rumania, fue con uno de mis mejores amigos, Berto. Cuando le hablé de Ioana al poco de conocerla, empezó a bromear sobre la posibilidad de que fuera una vampira... "Y aunque no lo sea te va a chupar la sangre igualmente, como todas ¡ja ja ja! ".

Durante todos los años que pasé en Prejmer, él fue mi contacto en la civilización. Me envió todo el dinero que tenía, gestionó la venta de mi coche, mi casa, todo, todo lo que tenía lo invertí en buscarla.

Después de preguntar a todo el mundo por Ioana en el pueblo y en Brasov, empecé a recorrerme los pueblos de alrededor, llegando incluso a Bucarest.

Nada. El dinero se acabó rápido. A los tres años tuve que buscar trabajo. Mi rumano ya era suficientemente fluido para trabajar en el campo y eso hice.

Allí conocí a Daved, un sajón con ascendencia de los habitantes de Prejmer desde la primera generación, allá por el 1200.

Daved tenía una cultura limitada, pero su conocimiento del vampirismo era abrumador. Se vanagloriaba de las relaciones de sus ancestros con la familia del conde Vlad el empalador (Drácula) y defendía a ultranza la tremenda injusticia que se había cometido con la estirpe del Conde y toda la parafernalia sobre los vampiros que se había montado a su alrededor.

Usábamos los atardeceres para sentarnos en una terraza de un bar de la plaza, cerca de la iglesia. Yo colocaba la foto de Ioana de manera que la gente que pasaba pudiera verla.

"Mira, el loco de la foto" les oía susurrar muchas veces.

Al menos eso a Daved no le importaba. Nos enfrascábamos en conversaciones sobre vampiros, algo que a él le encantaba y que a mí me hacía olvidar la amargura de todo lo que sentía.

- El vampiro es inmortal, ese es su verdadero poder, el poder de la paciencia. Si no mueres, no hay prisa – Le decía a Daved muchas veces.

- Otra mentira. – Me contestaba. - Esa inmortalidad tiene una incoherencia que la hace caerse por su propio peso.

- ¿Cuál? – Le preguntaba.

- El vampiro basa su inmortalidad en la regeneración de su cuerpo. Se hace una herida, pero su sangre hace que sane rápidamente.

Sólo si despegas su cabeza del cuerpo acabas con el poder de la regeneración, ¿estás de acuerdo?

- Sí, eso dice la teoría

- Claro, desde el momento que es mordido, su cuerpo deja de evolucionar, de crecer, de envejecer, y si es alterado por cualquier motivo vuelve a su estado original rápidamente.

- Sí, eso es.

- Entonces querido amigo, los vampiros no tendrían memoria. No más de la que tenían antes de ser mordidos.

-¿eh?

- El cerebro se altera físicamente con los pensamientos, con la razón, con los recuerdos. Sé que hay algo así como la 'sinergia' que se crea cuando ves algo y lo recuerdas.

- La sinapsis quieres decir.

- Ya está el culto plantador de patatas... ¡Ja ja ja! –Reímos al unísono.

- Pues amigo – Siguió – Según eso, el cerebro se alteraría con los pensamientos, y por tanto al rato volvería al estado primigenio del mordisco, por lo que perderías todos los pensamientos que has tenido.

- Vamos, como un pez. - Siguió su disertación. - Menuda piltrafa de vampiro. Si le muerden estando apoyado en una pared, no podría moverse de la pared, no sabría porqué ni para qué moverse, me lo imagino golpeándose una y otra vez con la cabeza en los ladrillos.

- Pero quizá la regeneración no es efectiva para el cerebro.

- Entonces se acabaría consumiendo y el vampiro tendría un cuerpo joven y un cerebro muerto, el vampivegetal... ¡Jajaajaja!

Pese a defender a ultranza el no-vampirismo, aprendí mucho de él.

Una tarde, sentados en la misma mesa de siempre, se acerco una anciana. Sus rasgos eran marcados y sufridos, probablemente por haber pasado toda su vida trabajando el campo. Acercó su cara a la foto de Ioana y con un acento muy cerrado, dijo:

- ¿Por qué tienes una foto de Ioana? - Mi corazón dio un vuelco. Por fin alguien la reconocía.

- Estoy buscándola. Necesito verla.

- Pero eso es imposible – Contestó – hace mucho que nos dejó.

- Se que ya no vive aquí, pero imaginé que había regresado. ¿Es usted su abuela?

Me miró con ojos sorprendidos. Buscó en su cuello un colgante. Era el típico porta fotos redondo. Lo abrió y mostrándome una foto de Ioana en blanco y negro me dijo:

- Era mi bisabuela.

Desde ese día centré mi búsqueda en los vampiros.

Capítulo 4. **Velocidad**

Omini está medio inconsciente. El esfuerzo le ha dejado agotado. Al salir de su casa tuve que bajar mucho mi velocidad de movimiento. Podría provocarle daños cerebrales por la fuerza G de mi velocidad. Su escudo, todavía activo aunque débil, no le protegía contra ésta.

Esto es malo. Moverme despacio significa que todo se mueve, el tiempo no se detiene. En principio no debería haber más problemas. La cacería es de poca importancia. Pero había dos cosas que me erizaban los pelos de la nuca. Una, que me hubieran mandado a mí a por el chaval. En principio es una misión demasiado fácil para mis poderes, pero si me la han asignado, no me creo que sea por falta de protectores.

Otra, mi desconfianza de todo y por todo.

El girobike está donde lo dejé. Sigue en marcha. Para que Omini no me moleste, aplasto su espalda suavemente contra mi pecho y lo 'abrazo' deformando mi piel alrededor de su cuerpo. Tenso y solidifico mi piel dejándole 'encajado' contra mí.

Me inclino hacia delante y el girobike comienza a andar. El modelo que había robado era de los más rápidos que había. Se parecía a una de las antiguas motos del siglo veintiuno antes de que se aplicasen los giroscopios del segway y se eliminaran las ruedas por campos electrostáticos.

Me inclino todo lo que puedo para acelerar. Quiero salir de aquí lo más rápido posible.

Miro los retrovisores. Nos sigue un vehículo.

La cacería sigue. Mierda.

Están todavía muy lejos para intentar nada pero el vehículo debe estar trucado, se acerca muy rápido. Cristales tintados, posiblemente blindados. No sé a lo que me enfrento, pero seguro que esta vez es mucho más peligroso que los cazadores de antes.

No hay tráfico ni calles estrechas en las que mi girobike pueda tener alguna ventaja. Estoy en una carretera plana sin casas a los lados, solo campo. Me están cogiendo maldita sea.

Aumento mis reflejos al límite y endurezco mi cuerpo excepto la zona que sujeta al niño, no puedo protegerle más en esta postura, su cabeza y extremidades están al aire, pero al menos no pueden verle mientras estén detrás.

Pero eso dura poco. El vehículo consigue ponerse a mi altura y empieza a bajarse la ventanilla trasera. Antes de averiguar qué va a salir de ahí, actúo.

Giro bruscamente hacia el coche. Tenso la pierna y golpeo el lateral. Apunto justo entre las dos puertas. Debo dar en el chasis para empujarlo, si doy en la puerta seguramente la atravesaré con mi pierna quedando enganchado.

Acierto. Bien.

El coche se levanta un metro en el aire y sale despedido lateralmente. Cuando toca de nuevo el suelo empieza a dar vueltas y aunque está blindado, en cada choque contra el suelo se arruga y pierde pedazos.

Detengo el girobike en el arcén. Bajo y dejo a Omini en el suelo. Está empezando a reaccionar pero aún está totalmente desconcertado.

Yo también lo estaría si con ocho años mi vida hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo.

El coche, o lo que quedaba de él acaba deteniéndose encima del poco techo que le queda.

Empiezo a acercarme despacio. Ya tengo los reflejos aumentados, así que endurezco mi cuerpo al máximo y le doy densidad hasta que noto que empiezo a hundirme en el suelo. Ajusto mi fuerza para poder moverme como un felino.

Estoy preparado para averiguar qué hay en el vehículo. Ojala que todo lo que haya esté muerto.

No me da tiempo a averiguarlo. Noto un impacto en el pecho y salgo disparado hacia atrás. Maldita sea que dolor, mis reflejos no me han avisado. Paso volando por encima de Omini y golpeo el girobike partiéndolo en dos con mi espalda. No he recibido daño pero ahora Omini está alejado de mí y totalmente indefenso.

Tiene que haber un cazador con poder de velocidad. Mierda, la cosa es seria. Se ha acercado y me ha golpeado en una milésima de segundo de tiempo real.

No tengo tiempo de pensar. Acomodo mi cuerpo para entrar en aceleración. Tengo que igualar mi velocidad a la suya o puede acabar con el chico antes de que yo pestañee.

Al entrar en velocidad le veo. No le reconozco. Es raro porque me he topado con la mayoría de ellos. Esto es una ventaja, seguramente no conoce mis poderes.

El cazador está muy cerca del chico. Demasiado para que me dé tiempo a detenerle. Además, él seguramente es más rápido que yo. Soy el único que tiene el segundo poder mixto, tengo todas las habilidades que la alteración genética provoca al adquirir el segundo poder, pero no son tan potentes como en los demás, ellos tienen sólo una de las posibles alteraciones pero más poderosa.

Éste cazador es más rápido que yo, pero si me puedo acercar a él mis otros poderes, fuerza y solidez le pueden destrozar fácilmente.

Lleva un machete en la mano. Que salvaje. Me mira y se da cuenta de que yo también tengo velocidad, sobre todo cuando empiezo correr hacia él todo lo rápido que puedo.

Pero el muy cerdo no se gira hacia mí para luchar sino que se dirige hacia su objetivo, Omini. Ni siquiera su machete le hace confiarse lo suficiente como para cambiar de objetivo. Mal asunto. Mierda, mierda.

No me da tiempo. No me da tiempo. Tenso todo lo que puedo mi cuerpo, rebajo mi peso para acelerar, pero no llego. Pobre chico.

El cazador golpea con todas sus fuerzas con el machete contra la cabeza de Omini.

Pero antes de apuñalarle choca con el escudo del niño. No rebota, el machete se hunde en el escudo hasta llegar a escasos centímetros de la cabeza de Omini, cerca, muy cerca, pero el campo de fuerza aguanta.

El cazador se sorprende. Leo en sus labios un improperio. En modo velocidad el sonido siempre llega después, por eso todos los que tenemos el poder sabemos leer los labios.

No le da tiempo a decir más. Es más rápido que yo, habría sido muy complicado vencerle si se hubiera centrado en mí. Pero al atacar a

Omini me ha dado tiempo de acercarme. Un error del que no va a poder arrepentirse.

Le golpeo en seco en el cuello con la mano de canto. La intensidad del golpe es inmensa, normalmente controlo la fuerza de los impactos pero esta vez no hay miramientos. Iba a por el niño el muy cerdo. Su cabeza se separa del cuerpo como si se la hubiese cortado utilizando una katana.

Vuelvo a velocidad normal. El chico se asusta al verme aparecer, pero se calma cuando ve que la cabeza y el cuerpo del cazador caen al suelo separados.

- Pensé que te habías ido – Me dice mientras me coge de la mano. Parece nervioso y asustado. Me pregunta.

- ¿Dónde vamos?

- A un lugar seguro, no te preocupes – Le digo mientras activo el rastreador para que nos localicen y vengan a por nosotros.

Estoy enfadado y deseando hacer preguntas.

Muchas preguntas.

Capítulo 5. Contacto

Buscar a un vampiro no es fácil. Ni siquiera en Transilvania. Al principio tienes que descartar a todos los charlatanes que te prometen contactar con ellos a cambio de algo de dinero. He de reconocer que gasté mucho de lo que había ahorrado trabajando en el campo dejándome llevar por sus falsas esperanzas. Pero al final tuve claro que todos me estaban engañando.

Mi búsqueda estaba mal enfocada. Quería encontrarlos para hablar con ellos y lo hacía intentando encontrar a otros como yo que me pudieran ayudar. Imposible.

Así que probé no como persona, sino como carne.

Empecé a vagar por las zonas más pobres, siempre por la noche y con aspecto de vagabundo, algo que cada vez me costaba menos trabajo ya que dormía en un cuchitril barato y mi aseo personal brillaba por su ausencia. Deambulaba por callejones, zonas aisladas, parques, me brindaba a ellos como una presa fácil.

Y siempre acababa con pinchazos de dolor en la mano con la que sujetaba la estaca de madera, oculta en el ancho bolsillo de mi roído abrigo.

Una noche, estando tumbado entre unos cartones, una elegante mujer se acercó.

- Perdona, ando un poco borracha y perdida, ¿podrías indicarme como llegar al hotel Viena?

La mujer no parecía borracha ni mucho menos, era guapa y vestía un abrigo de piel muy caro. Los tacones de sus zapatos eran altos y puntiagudos.

Me levanté y la dije:

- Si quiere la acompaño, no queda muy lejos de aquí y por las noches esta zona es peligrosa si se recorre a solas.

- Muchas gracias – contestó con una sonrisa.

Mientras caminábamos, noté que me observaba de reojo. Me avergoncé un poco de mi aspecto, pero empecé a tener esperanzas de que por fin estaba contactando con un vampiro.

Era perfecto. Mujer solitaria con dinero que confía en un vagabundo mientras camina por callejones oscuros. Estaba claro que no era una mujer normal. Tenía que ser un vampiro acechando a su presa. La llevé por las zonas más apartadas y oscuras que encontré, y casi llegando al hotel ella actuó.

- ¿Sabes? - Preguntó mientras me cogía por la cintura y me empujaba suavemente con su cadera contra la sucia pared del callejón. – Me excitan mucho los vagabundos.

Apoyé mi espalda contra la pared y ella juntó su cuerpo al mío. Me miró a los ojos y empezó a besarme. La dejé hacer haciéndome el sorprendido. La mano que sujetaba la estaca debía estar blanca de la fuerza con la que la apretaba.

Con la mano libre cogí una de sus nalgas y la apreté contra mí. Dejé de besarla y apoyé mi cabeza sobre su hombro. Mi cuello estaba indefenso a su boca invitándola a morder. Mi estaca lista para actuar.

Empezó a besar mi cuello. Un vampiro no suele recrearse cuando tiene un cuello palpitante en su boca. La dejé hacer. Quizá no tenía mucha hambre y quería tomárselo con calma. O quizá lo que yo sabía de los vampiros estaba equivocado.

Pero no, el problema era simplemente que no era un vampiro. Mierda.

Un rato más de toqueteos y besos y rechacé la opción de ser su presa, al menos como comida. Posiblemente era realmente una mujer en busca de emociones fuertes con un raro gusto por el sexo sucio y maloliente. La rechacé suavemente y comencé a caminar por donde habíamos venido.

- Espera – me dijo.

Me volví y observé cómo se acercaba a mí. Iba a decirle que no había opción pero enmudecí al verla sacar del bolsillo una jeringuilla. Me la clavó en el brazo. Sentí como se hundía a través del abrigo y comencé a sentirme relajado. Perdí el equilibrio sin poder reaccionar y la oscuridad se hizo más densa hasta que perdí el conocimiento.

Cuando desperté estaba atontado. Conseguí fijar mi mirada y me sobresalté al ver en mi mano un puñal. Levanté la vista y delante de mí había una chica de unos diez años tumbada en una mesa y atada de pies y manos. Detrás, la mujer del callejón y otros dos individuos.

La mujer habló:

- Bienvenido a tu primer poder.

Capítulo 6. Impacto

Omini sujeta con mucha fuerza mi mano. Después de todo lo sucedido yo soy lo que más seguridad le da. Su mano es suave y pequeña, me hace sentir calor y ternura.

Estamos a unos dos kilómetros de distancia de su casa y a nuestro alrededor sólo hay campo descubierto. No veo nada en donde poder refugiarnos. Decido volver hacia las casas, es el único lugar con protección, tengo que ponerme a cubierto lo antes posible.

Estoy confuso y sorprendido, el ataque al niño ha sido el más fuerte al que me he tenido que enfrentar en las últimas misiones de protección que he hecho. Cierto es que nunca he tenido que proteger a un niño, pero tampoco parece diferente a los otros protegidos. Seguramente, se le habrá concedido el segundo poder mediante el apadrinamiento de algún familiar y la alteración genética le ha reportado la capacidad del escudo de fuerza, algo que por su corta edad posiblemente no ha desarrollado en todo su potencial.

Pero hay algo especial en este niño. Hacía mucho tiempo que no se me encomendaba este tipo de trabajo. Los mandos debían saber que iban a ir a por él duramente o que al menos iba a haber serios problemas. Dos cazadores con el segundo poder, uno de fuerza y otro de velocidad son serios problemas, muy serios. ¿Por qué?

Cuando se produce un cambio después de trescientos años, algo ocurre. Y ese algo me ha puesto a mí en todo el medio.

Mis sentidos potenciados me avisan de que algo se acerca hacia nosotros. Oigo un motor aéreo lejano. Huelo a combustible. El aire me roza los brazos. Me vuelvo a la vez que me preparo para lo peor. Dureza,

reflejos, fuerza al máximo. Omini me mira al ver que me giro y vuelve la vista hasta que su mirada coincide con la mía.

Un Hellbike de combate, de combate brutal, enorme, armado hasta los putos dientes. Se acercaba como si nos quisiera embestir. Le he detectado muy tarde, su modo de vuelo silencioso es casi perfecto. Esto cada vez se pone peor.

- ¿Son malos verdad? – Me pregunta Omini apretando aún más mi mano.

- Si, vuelve a activar tu escudo y no te preocupes. – Le contesto intentando mostrar calma. Realmente hacía mucho tiempo que no estaba tan nervioso, esto definitivamente es algo fuera de lo normal. Un tercer ataque sobre el chico. Sigue el baile. El maldito baile de los difuntos.

Cojo al niño en volandas por su cintura rodeándole con mi antebrazo y empiezo a correr hacia las casas con él. Necesito algo que me parapete contra el hellbike. Y lo necesito ya. Acelero mi carrera. Todavía estamos fuera del rango de disparo pero no por mucho tiempo. Supero las doscientas millas por hora. Noto que Omini empieza a quejarse de la presión, pero tengo que buscar un sitio para dejarle y poder enfrentarme a los cazadores. El niño debe estar seguro, no creo que su escudo detenga un sólo impacto del hellbike.

Escupe una ráfaga de proyectiles de calibre alto. Seguramente saben que un calibre pequeño no nos dañará, pero dispararnos con el calibre pesado es más lento e impreciso. No nos alcanzan.

Entro en la primera casa que alcanzamos. Me dirijo a la cocina. Busco una nevera para volcarla y meter al niño dentro. Posiblemente su escudo es más fuerte que un frigorífico pero toda protección es poca para el monstruo de acero que nos acosa. Le dejo en el suelo.

No me da tiempo a protegerle. Mierda.

El primer misil atraviesa la pared y estalla al chocar con el escudo de Omini. Mientras salgo volando por la onda expansiva, me maldigo por no haber aumentado mi densidad hasta hacerme inamovible.

Estoy volando por los aires atravesando la misma pared que el misil y de nuevo, otra maldita vez, me estoy alejando del chico.

Caen cinco misiles más en el mismo sitio. Por fin llego al suelo. Rezo para que el escudo del chico haya aguantado. Cinco misiles, eso no lo aguanto ni yo, madre mía.

Vuelvo a entrar sorteando los escombros. Le veo.

Le han destrozado.

Queda muy poco del pequeño cuerpo del chico. Está hecho añicos, añicos esparcidos, mezclados con los escombros. Dios que carnicería. Dios.

Me invade la rabia de la impotencia. La rabia de mil impotencias. Imbécil, soy un imbécil, pero cómo he podido permitir esta carnicería con un niño de ocho años.

Nosotros, los que poseemos poderes tenemos una especial sensibilidad por los niños, debido a que cuando recibimos la alteración genética nos quedamos estériles.

Los controladores y la mayoría de sus cazadores también tienen esos poderes, no pueden ser tan crueles y despiadados, al menos no lo eran cuando yo era uno de ellos. Pero parece que las cosas han cambiado.

Me invade el odio. La rabia es odio ahora. Odio rencoroso, del que perdura mil vidas que vivas. O una inmortal.

No sé quién está detrás, pero lo va a pagar con creces. De momento el hellbike es mi primer objetivo. Si sigue lanzando misiles destruirá más casas y podrá matar a más gente.

Pero ya no ataca. Puedo verlo entre los huecos de las paredes reventadas. Empieza a girarse para escapar.

Ni de coña se va a escapar. Paso a velocidad límite. Todo se detiene de nuevo. Todo no. Hay otro cazador.

Pero qué diablos está pasando. Otro más, ¿pero esto qué es?

Está cerca de mí. Seguramente había estado verificando la muerte de Omini y ya había avisado al Hellbike para retirarse. Se da cuenta de que yo estoy en modo velocidad.

Corro hacia él. Lanzo mi puño con la fuerza de mi odio cegado por la rabia. Craso error. Esquiva mi impacto. Era más rápido que yo. Siempre lo son. Veamos si también es tan duro como yo.

Utilizo la táctica de siempre. Le dejo que me ataque, tiene que confiarse al ver que es más rápido que yo. Hasta tenerle a una distancia corta. Hasta que consiga agarrarle. Ven con papá.

Empieza a golpearme. Dame, dame fuerte campeón. Dejo que mi cuerpo absorba los golpes, puedo endurecerme hasta lograr que sus puños se deshagan al golpearme. Pero entonces huiría y no podría atraparle. Necesito que se confíe y baje su velocidad para atraparle. Un poquito, baja la velocidad un poquito. Más cerca, un poco más. Así.

Le agarro un brazo. Estás muerto mamón.

No, no debo matarlo. Necesito saber más y este cazador quizá sepa algo. Tengo que obligarle a salir del modo velocidad. Aunque mi mano le ha perforado la carne y hace pinza contra los huesos de su brazo, sigue siendo muy rápido y no puedo golpearle con puntería. Es un maldito relámpago escurridizo. Pero su brazo es mío.

Le atraigo hacia mí. Gira sobre sí mismo y me rodea hasta que su codo empieza a crujir. Si sigue girando se le soltará el antebrazo y podrá escapar. Parece que le importa muy poco su brazo. Pero a mí me importa, es la cadena del perro, con el brazo le tengo, si lo rompe se me escapa.

Giro con él. Empezamos a girar como si estuviéramos bailando. Él intentando partir su atadura y yo tratando de evitarlo. Pero cada vez se separa más, estamos girando muy rápido y en este juego él tiene las de ganar. Lo voy a perder.

No. Tú no te escapas campeón. Cambio de sentido en seco. Su brazo se parte por el codo como él intentaba, pero no le da tiempo a frenar su inercia y acaba chocando con mi abrazo. Hola majo, que gusto tenerte entre mis brazos.

Me dejo caer contra él. Mi peso y mi fuerza son muy superiores, así que cae de espaldas conmigo encima. Regulo mi peso para no aplastarle en la caída. Ahora el cazador está en el suelo con un cuerpo de doscientos kilos encima. Muévete rápido ahora, listo. Te vas a enterar.

Busco con mis rodillas las suyas. Se las machaco hasta que la parte inferior de sus piernas quedan sueltas. El cazador ha sido cazado. Me siento encima de él. De sus pulmones. Muevo los labios.

- Sal o te aplasto lentamente.

Queda inmóvil. Ha salido del modo velocidad. Seguramente estaba asfixiándose y se ha entregado. Ahora es una marioneta en mi poder.

Le apoyo contra una de las pocas paredes que quedan en pie y le desencajo el hombro del brazo que le quedaba sano. Le registro, pero como siempre no encuentro nada, como todos los cazadores que había interceptado otras veces.

Restos del cuerpo de Omini. Sigo viéndolos a mí alrededor. Quiero llorar para sacar la angustia que noto en mi seca garganta. Miro la cabeza del cazador y pienso lo fácil que sería aplastarla para vengar al chico. Pero antes voy a hacerle sufrir hasta que me diga todo lo que sabe. Y más.

Salgo del modo velocidad. Oigo un silbido. Mi mente se dispara.

Misiles. La he vuelto a cagar. Oh no.

El hellbike contraataca. Su localizador debía estar centrado en mí después de acabar con el chico. Al volver a velocidad normal lo he activado. Recibo el impacto de dos, tres, no sé cuántos misiles simultáneos.

Al haber bajado mi densidad para no aplastar al cazador ahora no estoy suficientemente protegido. Demasiado tarde para reaccionar.

Me siento reventar.

No soy un Dios.

Pero soy inmortal. Es mi primer poder.

Capítulo 7. **Puñal**

Estaba confuso y mareado. La droga que me inyectó la mujer del callejón debía ser muy fuerte.

La situación era dantesca. Estaba sentado en un sillón. Mi brazo se sujetaba en el reposabrazos y mi mano sostenía fláccidamente una daga con una hoja de unos quince centímetros de longitud.

La niña que estaba atada sobre la mesa miraba con ojos desencajados hacia todos los lados. Estaba amordazaba pero se oían los gritos apagados que brotaban de su garganta. Su mirada se clavó en mí durante un instante pidiendo ayuda. Luego se fijó en la daga que sostenía y su mirada pidió piedad. Estaba totalmente aterrorizada.

- ¿Qué es esto? - Pregunté a los dos hombres y la mujer que estaban en frente mía al otro lado de la mesa que sujetaba a la chica. Intenté ponerme en pié pero mis piernas todavía no querían obedecerme. La mujer contestó.

- Ya te lo he dicho. Has sido apadrinado. Eso te da derecho a optar por el primer poder, la inmortalidad. Estás a punto de empezar la prueba.

- ¿Qué prueba? ¿Sois vampiros? ¿Quién es la chica y por qué está atada?

Mis preguntas se agolpaban en mi cabeza y las escupía sin orden ni concierto. Empezaba a sentir miedo. Algo no funcionaba bien en todo esto.

- La chica es parte de la prueba. – Soltó una risa apagada mientras continuaba – Y no, no somos vampiros, llevas mucho tiempo calentándote la cabeza en Rumania.

- ¿Ya no estamos en Rumania? ¿Dónde estamos? Por favor, necesito respuestas. – Seguía con miles de preguntas. Uno de los hombres, el más alto, me interrumpió.

- Tranquilo hombre, las respuestas llegarán a su tiempo, ahora es momento de decisiones, no de preguntas. – Siguió mientras señalaba a la chica – Verás, tienes la oportunidad de ser inmortal, pero tienes que hacer algo.

- ¿Qué?

- Clavarle a la niña el puñal en el pecho hasta que toque con el mango. Si no lo haces perderás la inmortalidad.

- ¿Estáis locos? – No salía de mi asombro al intentar asimilar la locura que me estaban proponiendo.

- Tú mismo. La prueba es simple. Su efímera vida a cambio de la inmortal tuya. Tienes dos minutos para decidir. – Miró su reloj.

- ¡Espera! – Mi mente iba a explotar – No pretenderás que me plantee matar a una niña sólo porque me prometes a cambio la inmortalidad. Si no me das pruebas no pienso ni cuestionármelo, ¿tan loco crees que estoy? Por muy atractiva que sea la propuesta no estoy tan desesperado.

Todo mentira, mentía para intentar ganar algo de tiempo para aclarar mi embotada cabeza e intentar entender qué estaba pasando.

Se miraron entre ellos. La mujer inclinó afirmativamente la cabeza. El hombre que había hablado, sacó un cuchillo. Se lo clavó con un golpe seco en el pecho a la altura del corazón. Cayó fulminado al suelo. Madre mía, pero ¿qué locura es esta?

Pero el hombre volvió a levantarse. No había rastro de la herida salvo el desgarrón de la camisa que le hizo el cuchillo al clavárselo.

- Como ves no estamos bromeando. – Dijo. – Ya sabes, dos minutos.

Dos minutos. Ciento veinte míseros segundos. Mi vida en dos minutos, es lo que tengo. Siento el sudor en mis sienes. La vida de la niña.

Realmente, me están proponiendo que sea uno de ellos, un inmortal, sí, pero también un puñetero asesino de niñas. Un asesino inmortal. ¿Cuál de los dos adjetivos es el importante? ¿Podría vivir eternamente con la conciencia sucia?

Tiene que haber otra alternativa. La prueba no puede ser tan fácil. Un agraciado por la inmortalidad no puede ser un asesino. Un inmortal debe amar la vida, no destruirla.

Me están engañando. La prueba no se puede ganar matando. No puede ser.

- Treinta segundos – Dijo el hombre más alto.

Me levanté. Esta vez la adrenalina me permitió sujetarme en pie. Me acerqué a la mesa y levanté mi brazo por encima de la cabeza. El puñal apuntaba al pecho de la niña. No tenía alternativa. Ioana mi amor. Por ti lo hago. Sólo siendo inmortal podré encontrarte. Mi tiempo se acaba. Sin ti no hay tiempo.

- Tiempo. – Dijo de nuevo el alto. Bajé mi brazo con fuerza. Golpeé con el puñal en las costillas pero seguí empujando hasta traspasar el corazón.

Caí fulminado. Me acababa de apuñalar a mí mismo.

Capítulo 8. **Sacrem**

Vuelvo en mí. Estoy en una de las habitaciones de recuperación de los intervencionistas, estoy en casa. Al recuperarme seguramente he activado alguna alarma sensorial y en breve llegará alguien.

Me chequeo. Parece que mi cuerpo se ha recuperado totalmente. Todavía tengo inhibidas las alarmas de dolor de mi cerebro. Las reactivo. El dolor se concentra en el pecho y en la pierna derecha. Posiblemente los misiles impactaron en esas zonas y fueron las que más daño recibieron.

Inhibo el dolor de nuevo.

Se abre la puerta. Entran un médico, al cual ya había visto otras veces y Sacrem, el mismísimo jefe de los intervencionistas. Uno de los cinco inmortales primigenios con más de dos mil años en sus espaldas. Y el único que defiende la idea de intervención frente a la pasividad de los controladores. Bien, necesito que se me aclaren muchas cosas y quién mejor que el jefazo para hacerlo.

Ambos se acercan y se inclinan hacia mí. Me ofrecen sus pupilas para que verifique que no están alterando su aspecto y no son suplantaciones. A ninguno le tiembla mínimamente el cristalino lo que me confirma que son realmente ellos.

- ¿Cómo te encuentras? Imagino que bien – me pregunta el doctor.

- Perfecto – Contesto.

El doctor me conoce bien y sabe que mi recuperación siempre es rápida. Le miro como indicándole que su trabajo ha terminado. Me entiende y empieza a marcharse no sin antes comentar:

- Esta vez ha estado cerca. Nos costó encontrar tu pierna, bueno lo que quedaba de ella. – De ahí el dolor que había notado al dejar a mi cerebro libre.

No quiero pensar cómo debía tener el pecho. El doctor se retira por fin dejándonos a Sacrem y a mí. Habla él en primer lugar.

- Bueno, parece que lo peor ya ha pasado. Espero que estés operativo en breve. ¿Cuántas veces te habré dicho que no eres tan inmortal como crees?

- ¿Qué narices está pasando? Esa misión de protección y captación fue un auténtico infierno. Es la primera vez que fallo y ha supuesto la muerte de un chico y todavía no entiendo porqué no me remataron a mí.

- La información es poder. Es tanto poder que puede cambiar la historia. Tanto que puede provocar que mueras o vivas. En este caso la falta de información te salvó la vida. Tú no estabas en la lista de los cazadores. Por mucho poder que tengas, la información es más fuerte. Sin la información, tus poderes no valen de nada.

- Vale, vale, entendida la parte de la información. Vamos entonces a ella. ¿Por qué se desplegó esa fuerza de ataque contra un niño? ¿Por qué tendría que estar yo en el punto de mira de los controladores?

- Realmente desconocemos cómo fue el ataque. Tú posees la información.

Se está empezando a poner pesado con el concepto ‘información’. Si uno se vuelve así con el paso de los años me voy a plantear seriamente dejar la inmortalidad. Dios qué pedante.

Le cuento todo lo sucedido, el encuentro con el cazador de poder fuerza y los dos de poder velocidad además del hellbike. No parece sorprendido. Vuelve a hablar.

- Entiendo. – Dice tajante y conciso. Esto va a ser duro. Se está cerrando en banda.

- Pues yo no. Nunca había tenido que enfrentarme a todo un ejército de cazadores armados hasta los dientes. El chico era importante, eso está claro, pero el motivo es lo que me desconcierta. ¿Quizá porque era muy joven para haber recibido un poder?

- El problema es que no lo recibió. Nació con él.

Imposible. Eso no puede ser. O sí. Al fin y al cabo los poderes son alteraciones genéticas forzadas por una sustancia, 'el poder'. Ésta sustancia, según cuentan los más viejos, la trajo un ser de otro planeta llamado Aveh y la repartió a cinco hombres, a uno de los cuales ahora mismo yo estaba mirando.

Pero para que una alteración genética se traspase debe haber descendientes y ninguno de los que poseemos poderes podemos tenerlos. Ambos sexos quedamos estériles. Nacer con el poder era una posibilidad entre miles de millones.

- Eso es imposible. – Contesto.

- No, ya no. No puedo darte más información al respecto. Incluso los cazadores saben que es posible, el cómo y el porqué no deben filtrarse o tendrán la misma ventaja que nosotros.

- ¿Cuál es la ventaja? Entiendo que al poder reproducirnos podemos aumentar el número de seres con los poderes, pero no entiendo en qué beneficia esto a nuestra causa.

- Nuestra causa es la intervención. Queremos hacer este mundo mejor forzando cambios con nuestra fuerza. Pero mientras los cazadores nos lo impidan no podemos. Lo sabes bien porque tú fuiste uno de ellos. También sabes que son cuatro veces más que nosotros y ya no se preocupan en capturarnos, simplemente nos matan para que cada vez seamos menos.

Tenemos que reproducirnos lo suficiente para poder nivelar la lucha o ésta acabará pronto.

- Ya, por eso ahora se dedican a cazar a los nuevos miembros. Pero el niño tenía ocho años, supongo que habrá muchos más como él.

- No es tan fácil. Sólo hay dos niños más de momento. Tenemos poca materia prima y no es una ciencia exacta.

- Materia prima. Vale no quiero saber cuál es.

- Pues deberías. La madre es una conocida tuya. Ioana.

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Hacía mucho tiempo que no sabía de ella. Pese a que vivimos muchos años juntos, al final la inmortalidad te hace perder cualquier sentimiento que vaya más allá del cariño o la amistad. Al menos es la disculpa que me dio cuando me dejó hará ya casi diez años.

Tuve que pasar mucho dolor hasta que lo superé, aunque creo que nunca lo he llegado a superar del todo. Y ahora vuelve a mí con todos sus fantasmas.

- ¿Y quién es el padre? – pregunto aunque según acabo de hacerla deseo no haberla hecho.

- Es obvio. Eres tú.

Capítulo 9. **Reencuentro**

Oía voces.

Estaba despierto pero no podía abrir los ojos ni moverme. Debía estar anestesiado. O muerto.

- Vale, creo que se muere – Dijo una de las voces. No me gustaba lo que decía.

- Dale el poder, el muy idiota se lo ha ganado a pulso.

- Pero la prueba sólo es válida si se niega. Suicidarse no es lo correcto.

- Realmente no se ha suicidado, sabía que podíamos salvarle, vio cómo se hacía. Además, si no lo hacemos ella nos mata.

Empezaba a perder de nuevo la consciencia pero antes de dormirme conseguí oír algo más.

- Menuda idiotez, había visto muchas reacciones ante la prueba, pero esta se lleva la palma.

Me dormí.

Ioana dónde estás.

Me incorporé sentándome de golpe como si me faltara el aire.

No estaba muerto. O si. No había señales de la puñalada en mi pecho. No me dolía nada. Estaba en el cielo o era inmortal, un vampiro o lo que fuera.

Al lado de la cama estaba la niña que yo debería haber apuñalado en vez de a mí mismo.

- ¿Dónde estoy? – De nuevo las preguntas nacían alocadamente.

- A mi lado, donde querías estar.

- ¿A tu lado? ¿Quién eres?

La niña se sentó en la cama. Me miró fijamente a los ojos y empezó a cambiar. Sus rasgos empezaron a hacerse más maduros. Su cuerpo empezó a crecer. En varios segundos se había transformado. En Ioana.

- ¿Eres tú? – La pregunté. Mi corazón me golpeaba el pecho con fuerza. Estaba exactamente igual que cuando me dejó. Igual que cuando la conocí.

- Si. Al final me has encontrado. Aunque nunca me perdiste, pero no lo sabías.

- ¿Cómo? Te fuiste sin decir nada. Llevo años buscándote. ¡Acabo de suicidarme por ti!

- Siempre he estado a tu lado. – Me contesta y su figura se empieza a hacer nublosa. Parpadeo varias veces porque mi vista empieza a funcionar mal. Pero ya no está delante de mí. Se ha ido. Pero oigo su voz de nuevo

- Sigo aquí. – Vuelve a aparecer donde estaba. Poco a poco se va haciendo más nítida.

- ¿Puedes hacerte invisible? ¿Y cambiar de forma? ¿Qué eres? – Realmente mi pregunta era "¿de qué estoy enamorado?" pero en ese momento me sentía muy dolido y no tenía ganas de mostrarle mis sentimientos.

- Puedo alterar mi forma de muchas maneras, es mi segundo poder. Hacerme invisible es una de ellas. También puedo convertirme en una ancianita y preguntarte por una foto – Esboza una sonrisa.

Fue ella la que me habló en Prejmer, no su biznieta. Me siento con muchas ganas de saber porqué ha estado jugando conmigo y eso me enoja.

- ¿Por qué te has estado ocultando de mí todo este tiempo? Me has hecho mucho daño.

- No tenía más remedio. Solo se puede apadrinar el poder a una persona. Tenía que asegurarme de que tú eras esa persona. Para poder darte el regalo más importante que te podía hacer, tenía estar muy segura. Y no me has decepcionado.

Entonces tengo el poder. Poco me importa ahora. Ella está a mi lado.

- Y ¿cómo sé que eres la verdadera Ioana? Puedes cambiar de forma a tu antojo, ¿quién me dice que no estás suplantándola?

- Esa pregunta es un poco absurda. Podría contarte muchas cosas que sólo tú y yo sabemos, pero me parece que tú quieres otra demostración.

Se acercó suavemente y pasó sus labios cerca de los míos. Volvió a rozarlos. Los juntó. Su tacto, su olor, su tersura golpearon en mi mente cegándola con la pasión del recuerdo acumulado en tantos años.

Se tumbó sobre mí y nuestros cuerpos empezaron a mezclarse encajando suavemente. Yo no paraba de sentir tremendos escalofríos que nacían en mi nuca y recorrían mi espalda. Comencé a acariciar su cuerpo. Por mi mente pasó la idea de pedirla que aumentara sus senos o endureciera su culo, pero la deseché. La quería como siempre, como la recordaba y como tantas otras veces la había poseído.

Después de hacer el amor me quedé dormido, no sin antes estar seguro de que la tenía abrazada.

Capítulo 10. **John**

Viajo hacia Nha Trang. Es una pequeña provincia de China famosa por tener uno de los puentes más largos del mundo que une este país con la isla de Hom Tam.

Cerca de este puente se esconde otro de los niños. Debo protegerlo y llevarlo a un lugar seguro antes de que lo encuentren los cazadores. Me sorprendí cuando me dijeron su nombre, Omini. Los tres niños nacidos de Ioana se llamaban igual, y además eran trillizos. No necesité ver su foto, recordaba la cara de su hermano.

La imagen de cuando me dio la mano la tengo incrustada en mi mente como una cuña.

Esta vez no voy solo. Me acompañan dos protectores más. Ya había trabajado con uno de ellos, John, inmortal y veloz. A ella, Lucía, la había visto antes pero de pasada, trabajaba normalmente en la zona occidental. Es inmortal y maleable, como Ioana.

Llegamos al edificio donde vive el chico. El lugar está repleto de abandono. Es una zona costera pobre, ideal para pasar desapercibido pero complicada para suplir a sus habitantes de las necesidades básicas.

Bajamos del coche. John entra en velocidad para reconocer el lugar. Desaparece y aparece casi al instante. Nos informa.

- No hay ningún indicio de cazadores. No he entrado en el piso del niño pero se oían voces. Todo parece normal.

- Bien – contesto - subamos.

Al oírme, Lucía carga su pistola de pulsos y se vuelve invisible. Conoce su trabajo, puede proteger al niño sin ser detectada; la sorpresa es una de sus armas más importantes.

Nos colocamos al lado de la puerta. Le hago un gesto afirmativo a John y comienza la intermitencia. Entrará y saldrá del modo velocidad constantemente. De esta forma podrá detectar si un cazador con velocidad se acerca, pero tiene que estar volviendo a velocidad normal constantemente para permitir que el tiempo transcurra y nosotros nos movamos. Esta intermitencia implica mucho esfuerzo, lo que nos deja sólo unos dos minutos para sacar al niño.

Reduzco mi densidad y me hago invisible. Atravieso la puerta y entro en el apartamento. Los padres adoptivos y el chico están sentados en la alfombra alrededor de una mesa baja. Omini está leyendo y puedo sentir a Lucía a su lado.

Les inyecto a los padres una dosis de tranquilizante.

Es muy sutil, hace que se recuesten en la alfombra y se duerman. Omini levanta la cabeza. Quizá su poder le permita detectarnos, pero no hay tiempo para conjeturas. Me hago visible lentamente para que no se asuste, tenemos que sacarle de allí sin que sufra daño. Pero cuando voy a decirle unas palabras para calmarle, no puedo. No puedo.

El recuerdo de su hermano me golpea enmudeciéndome. Hasta éste mismo momento no me había enfrentado al hecho de que el niño que había muerto hacía dos días era mi hijo.

Su hermano, idéntico a él, estaba ahora delante de mí. Pensaba que la inmortalidad me había dado el tiempo necesario para conocer y superar todos los sentimientos que el ser humano tiene. Pero aún quedaban más.

El chico se pone de pié y empieza a andar hacia atrás. Al ver que yo me he quedado mudo, Lucía reacciona y se muestra haciéndose visible.

- Tranquilo Omini, estamos aquí para ayudarte, no tengas miedo, no queremos hacerte daño.- La voz de Lucía suena tranquila.

- Lo sé. - Omini se gira hacia mí y continúa – Hola papá, te esperaba.

- ¿Cómo sabes quién soy? – Su frase hace que mi mente reaccione.

- Lo he visto. Veo cosas. No sé porqué.

- Y ¿qué más has visto? – Pregunta Lucía.

- He visto que hoy muero, pero Omini vive.

- No hay tiempo para visiones – interrumpo; no me gusta nada lo que está diciendo el chico.

- Lucía, vuelve a invisibilidad, tenemos que salir de aquí cuanto antes. - Lo hace. Omini se acerca a mí e intenta darme la mano. La rechazo. No puedo volver a pasar por eso. Me pongo en alerta. Incremento mis reflejos, mi fuerza y mi dureza.

Abro la puerta del apartamento y salimos al pasillo.

John no está.

- ¿Qué diablos? – Mientras lo digo entro en modo velocidad.

Nada. No hay nadie en el pasillo, ni John ni cazadores. Sólo Omini paralizado y posiblemente Lucía a su lado. Vuelvo a velocidad normal.

Omini me mira y dice:

- Cuida bien de Omini. Me gustas, papá.

Echa a correr por el pasillo. Mira hacia atrás hacia algún lugar a mi espalda. Me vuelvo, no hay nada. Vuelvo a entrar en modo velocidad.

Y entonces le veo.

Un cazador. Lleva un traje de combate y una máscara blindada. Un maldito cazador que parece muy peligroso.

Vale, puede que sea más rápido que yo, pero estoy entre él y el niño. Ojalá intente pasar, se va a llevar una sorpresa.

Pero no lo intenta. Saca un arma de su espalda. Parece un fusil de pulsos. Este tipo es estúpido. No sabe que en modo velocidad las armas son inútiles. Cualquier objeto, al perder el contacto con la persona que está en modo velocidad, pierde la inercia que ésta le provoca. El proyectil de pulsos quedará frenado en el aire nada más salir del fusil y avanzará a la velocidad de un caracol.

Bien, este me va a durar poco. Corro hacia él mientras incremento mi densidad. A ver como aguanta el impacto de una mole de 300 kilos.

Dispara.

¿Pero qué diablos?

El proyectil no se detiene, porque no hay proyectil. Es como si me hubiera disparado con una escopeta de aire comprimido sin balín.

Me paro en seco.

No puede ser. Algo no me deja moverme.

Lo que ha disparado el cazador es capaz de inmovilizarme. No puedo alterar mi forma para intentar zafarme, en modo velocidad no se pueden controlar las alteraciones del modelo físico. Al efectuar el cambio mis miembros saldrían despedidos por la inercia. Pero si salgo del modo velocidad para intentar liberarme, el cazador puede matar cien veces al chico antes de que yo mueva un sólo dedo.

Incremento mi fuerza. Todo lo que puedo. Ahora podría levantar un autobús con una mano. Pero no puedo romper el campo de fuerza que me tiene atrapado. Grito de rabia en silencio.

El cazador se acerca.

Se detiene delante de mí un momento pero ni siquiera me mira. Continúa por el pasillo en dirección a Omini.

Se para a un paso de él. Manipula el fusil, acerca el cañón y dispara contra el niño. No, mierda, otra vez no.

Esta vez hay proyectil.

Puedo verlo porque es enorme. Posiblemente explote al contacto. Está suspendido en el aire a un metro del pecho del niño. Y se acerca. Ahora un caracol me parece rápido. Jodidamente rápido, maldita sea.

Tengo poco tiempo para pensar. Si salgo del modo velocidad veré inmediatamente como el niño explota. Si no lo hago, lo veré

igualmente, pero a cámara lenta. Tengo que liberarme del campo que me aprisiona.

El cazador vuelve sobre sus pasos. Esta vez no se detiene al cruzarse conmigo y desaparece por el mismo sitio por el que llegó. No ha intentado acabar conmigo. Puede que todavía no sepan cómo hacerlo. O puede que el campo de fuerza no le permita atacarme.

Eso es. Si es algo que se interpone entre él y yo, es algo que puede atravesarse. Eso es, ¡eso es!

Reduzco mi densidad hasta donde ya sabía que podía hacerlo. Al igual que la alteración física, en modo velocidad la excesiva reducción de densidad podría provocar que mis partículas salieran disparadas por la inercia hasta deshacerme.

No funciona. Mierda, mierda, mierda. El proyectil seguía acercándose a la pequeña cabeza de Omini.

Reduzco aún más mi densidad, pero sólo del brazo izquierdo. Intento moverlo. No puedo. Reduzco más. Nada. Ahora podría atravesar una pared de hormigón con mi brazo sin esfuerzo. Reduzco más mi densidad.

Y el brazo se deshace. Demasiada inercia. Siento como si me lo hubieran aplastado hasta dejarlo como una hoja de papel. Vuelvo a gritar en silencio, el dolor me desgarra.

El proyectil empieza a explosionar. Pero no puede ser, todavía no ha entrado en contacto con el chico.

Es Lucía.

Lucía está delante del chico. El proyectil ha impactado en ella.

Hay una posibilidad. Si Lucía ha endurecido su cuerpo a tiempo para proteger al chico absorberá la explosión.

Ya no hay vuelta atrás. Vuelvo a aumentar mi densidad y mi dureza, tengo que estar preparado para aguantar la onda expansiva al salir del modo velocidad.

Salgo. La explosión me ciega.

Después de absorberla, reduzco mi densidad, esta vez al máximo y por fin puedo moverme. Me he liberado del maldito campo de fuerza.

Omini y Lucía no están. Esa parte del edificio ha desaparecido por la explosión. Me tapono con la mano el hombro para impedir que salga la sangre del brazo amputado y corro hacia el hueco entre las ruinas.

Miro al suelo y veo a Omini. Salto desde el segundo piso a su lado y busco su pulso en el cuello. No hay pulso.

Lo siento Ioana, te he vuelto a fallar.

Esta vez mi grito suena. Grito hasta vaciar mis pulmones. Pero sólo grito una palabra.

John.

Capítulo 11. **Oliveh**

Al volver con Ioana, el mundo se paró a mí alrededor. Nos perdimos en un pequeño pueblo costero de Cerdeña, Santa María Navarrese. Durante varios años mi único objetivo fue disfrutar de nuestra relación.

De nuevo quedé cegado por mi pasión hacia Ioana. Tan sólo recordaba mi nueva condición de inmortal cuando pensaba cuánto podría durar lo nuestro. Para siempre.

Hasta que un día apareció ella. Estábamos tumbados en un sillón de mimbre viendo la puesta de sol. Ioana se puso tensa incorporándose muy rápido y miró fijamente hacia un sillón vacío que había enfrente de nosotros. Gradualmente apareció una mujer sentada en éste. Ojos grandes y rasgados, melena larga y tez morena. Mostraba un rictus de tristeza y preocupación.

- Saludos, soy Oliveh – dijo. Era evidente que poseía los mismos poderes que Ioana. Nos habían encontrado; no nos estábamos ocultando, pero tampoco queríamos ser molestados.

- Encantados – Contestó Ioana. Yo guardé silencio pero también me puse tenso, desconocía las intenciones de la 'aparición'.

- Vengo a buscarte Ioana, necesitamos de tu ayuda para el movimiento.

- Dejé muy claro que no quería intervenir. – El rostro de Ioana se contrajo con displicencia.

- Lo sabemos, pero te necesitamos. Los intervencionistas están cada vez más organizados y necesitamos toda la ayuda posible.

- Perdonad - Interrumpí – ¿puede alguien explicarme lo que ocurre?

Oliveh respondió a mi pregunta.

- Todos los que hemos sido agraciados con los poderes, hemos tenido alguna vez la tentación de modificar el curso de las cosas ayudados por nuestra superioridad. Pero si lo hiciéramos, acabaríamos luchando entre nosotros mismos creyendo que nuestra 'intervención' es la más adecuada. Por eso, la mayoría de nosotros velamos para que estas actuaciones no se produzcan, dejando que los humanos puros decidan por sí mismos.

- El libre albedrío – dije – me suena, pero nosotros no somos dioses.

- Para un humano no alterado podríamos parecerlo – contestó Oliveh.

- Entonces supongo que los intervencionistas empiezan a ser numerosos – dijo Ioana.

- Demasiado; además, ahora están dirigidos por uno de los primigenios, Sacrem. Él posee el fluido del poder y por tanto está creando muchos seguidores para su causa. Si no le paramos ahora no sabemos cómo puede acabar esto. Te necesitamos Ioana.

- Lo entiendo. – No parecía muy convencida - Necesito un par de días para prepararme.

Mi pecho se contrajo. Otra vez se iba, otra vez me dejaba solo. Pero esta vez al menos podía luchar. Oliveh empezó a desaparecer igual que había aparecido, difuminándose lentamente.

- Espera – le dije – yo también quiero formar parte de vuestro grupo, movimiento o lo que sea.

Oliveh detuvo su difuminación.

- Gracias, pero tu poder no es suficiente. Necesitas el segundo poder, siendo inmortal simplemente tu ayuda no sería apreciable.

- Pero podría ayudar desde la 'retaguardia', con papeles, con los ordenadores, yo que sé…

- No, lo siento, no estás totalmente alterado por los poderes, no puedes ayudar.

- Pues entonces dadme el segundo poder – cualquier cosa con tal de estar al lado de mi amada.

- Eso es algo que no está en mi mano – contestó Oliveh – pero tienes el derecho de pedirlo, puedes acompañarnos.

Se volvió hacia Ioana y mientras desaparecía totalmente la dijo:

- Pasado mañana vendré a por vosotros, estad preparados.

Esa noche no pude dormir. Hicimos el amor e Ioana se quedó dormida al poco rato. Pero yo no.

Mi mundo volvía a desmembrarse. Tenía que enfrentarme a perderla de nuevo. Mi futuro ya no estaba claro. No existían planes, no había nada concreto salvo que en dos días mi vida cambiaría radicalmente.

Tumbado boca abajo, mis pensamientos fluían en mi cabeza como si intentaran recorrer un árbol de posibilidades con miles de ramas,

cada vez más pequeñas y más enrevesadas. Demasiados futuros para imaginarlos todos.

Oí ruidos en el salón. Me volví boca arriba y noté que Ioana no estaba a mi lado. Los ruidos aumentaban. Había alboroto.

Cuando entré en el salón lo que vi me paralizó. Un hombre estaba luchando con Ioana. Había otro, me miró y me apuntó con un arma.

Me disparó.

El impacto me traspasó el pecho. Sentí cómo se me rompían un par de costillas y cómo mi pulmón, al ser perforado, se contraía de golpe. Caí de rodillas mientras sentía que me asfixiaba.

Me forcé para levantar mi vista del suelo y busqué a Ioana. Luchaba con alguien de igual a igual. Ella lanzaba un puño con toda su dureza y él lo absorbía dejando que lo atravesase. Él se endurecía y contraatacaba, ella se ablandaba y repelía el golpe.

El otro hombre estaba atento a la pelea pero no intervenía. Posiblemente era un humano corriente, bueno, corriente pero con una maldita pistola.

Mi cuerpo empezaba a reaccionar ante la herida. Sentía la rápida recuperación que me brindaba mi condición de inmortal.

Entonces la pelea se detuvo. El hombre retrocedió, miró a su compañero y empezaron a caminar de espaldas en dirección a la puerta. Debieron pensar que la pelea estaba igualada y decidieron huir dejándola en tablas.

Mi pulmón se había recuperado, ya no notaba dolor en las costillas y la herida empezaba a cicatrizar. Pronto la cicatriz también desaparecería.

Ioana se acercó y me preguntó.

- ¿Estás bien?

- Perfecto – contesté - ¿quiénes eran?

- Parece que los intervencionistas también nos han encontrado. Han intentado matarme, supongo que saben que voy a unirme a los controladores y han preferido atacarme antes de unirme a ellos. Venga, volvamos a la cama.

Seguía sin tener claro mi futuro, pero al menos ahora sabía lo que quería. Conseguiría el segundo poder y me uniría a los controladores para luchar al lado de Ioana, protegerla y acabar con cualquiera que intentara hacerla daño.

Esta vez nada nos separaría.

Capítulo 12. **La anciana**…

La muerte del segundo chico me ha cambiado. Siento unas enormes ganas de destruir, de odiar, de matar.

Llevo mucho tiempo metido en esta guerra centenaria, pero ahora la guerra no es contra un movimiento, contra una forma de pensar, ahora la guerra es contra mí.

Sin saberlo, he sido padre. Un padre fallido, porque no he ayudado a crecer a mis hijos y cuando tenía que protegerlos tampoco he sabido.

Llevo dos días al lado del tercer chico. Podría habérmelo llevado a un lugar más seguro, pero no quiero. Es mi cebo. Ojala pudiera hacer otra cosa para encarar a los asesinos de los otros dos niños, pero no tengo elección.

Nadie sabe que estoy aquí. Desde la muerte del segundo niño, nadie conoce mi paradero. Volví al cuartel general, pero sólo para saber dónde estaba escondido el tercer Omini. Entré y salí en modo velocidad y me fue fácil esquivar los sensores específicos de este modo ya que conozco perfectamente dónde están ubicados.

Omini es un muchacho encantador. Vive con una anciana, probablemente una abuela ficticia, y siempre está pendiente de ella. Parece que es él el que la cuida y no al revés. Demuestra una madurez muy superior a su edad. Podría sentirme orgulloso pero ahora mis sentimientos de odio y rabia eclipsan cualquier otro.

Tengo curiosidad por conocer cuál es el poder que ha heredado. Ninguno de sus hermanos tenía un poder similar a los de Ioana o a los míos. Ojala sea inmortal, juro que haré lo que sea para que nunca sufra daño. Pero debo dejarle a la vista de los controladores; sus cazadores

vendrán tarde o temprano y sabré cuál es la cabeza que tengo que aplastar para que mi hijo no corra riesgo alguno nunca más.

No entiendo porqué mi gente no está aquí protegiéndole, o el porqué de que no se lo hayan llevado a otro sitio. No hay protectores cerca, cada diez minutos entro en modo velocidad y barro la zona en busca de posibles peligros, pero nada, ni peligros ni ayuda.

Parece que Omini no es importante, pero no es cierto, es el ser más importante de este mundo, no sólo porque es mi hijo, sino porque es el único ser nacido de humanos alterados por los poderes. ¿Dónde está Sacrem y su ejército? Podría buscarles, pero no pienso separarme del niño.

Vuelvo a salir de la casa. Necesito hacerme visible para poder entrar en modo velocidad y poder hacer mi ronda de vigilancia. Cada vez me siento más cansado. Mi rápida recuperación corporal no compensa el enorme esfuerzo que realizo desde hace casi cincuenta horas.

En la calle que rodea la casa por la parte trasera, observo un coche aparcado. Tiene los cristales tintados así que me acerco. No hay nadie dentro. Pongo mi mano sobre el capó. Está caliente.

No me gusta el escalofrío que siento en mi nuca.

Acelero mi cuerpo al máximo y pierdo densidad para atravesar la pared del edificio y así volver antes cerca del niño.

Entro. Omini está detrás de la anciana. Ella se interpone entre el chico y cuatro cazadores. No tienen nada que hacer, van a acabar con ellos en un segundo.

De eso nada. Entro en modo velocidad y todo se detiene. Me acerco al primer cazador y le sujeto la cabeza con mis manos. La giro hasta que noto como su nuca se desprende de las vértebras cervicales.

Me acerco al segundo. Pero reacciona. Él, junto con un segundo cazador han entrado en modo velocidad.

Me encaran. El más cercano me golpea en el pecho. Es muy rápido. Dejo que hunda su brazo en mí para que no pueda sacarlo rápidamente. Hunde tu puño imbécil. Antes de recoger su brazo me da tiempo a agarrarle por la muñeca.

Tiro de él con fuerza hacia mí y le agarro por el cuello. Aprieto hasta que mi mano se cierra. Su cabeza queda colgando hacia un lado como un guiñapo.

Busco al otro cazador.

Cuando me giro hacia él veo que empuña un fusil de pulsos. El mismo fusil que me disparó la última vez y me dejó paralizado. No puedo permitir que vuelva a ocurrir. La otra vez me confié pensando que disparaba proyectiles, pero esta vez no.

Empiezo a moverme todo lo rápido que puedo, intentando zigzaguear para evitar el inminente disparo de esa maldita red invisible que me paraliza.

Pero el cazador mueve el fusil con un increíble pulso y me mantiene apuntado.

Me dispara. No puedo esquivarlo. Me va a dar.

Salgo del modo velocidad y hago bajar mi densidad. No siento el ligero aire que provoca el impacto. Vuelvo a modo velocidad, no puedo darle tiempo al cazador para moverse a sus anchas.

Ha funcionado. La red me ha traspasado sin capturarme.

El cazador me observa. No vuelve a intentar disparar, sabe que no podrá alcanzarme si sigo cambiando de modo de velocidad y que poco a poco iré acercándome hasta cogerle.

Baja el arma. Se quita la máscara. Y me lleno de odio.

John mueve sus labios.

- Eres un puñetero estorbo. Sabía que acabarías dando con el modo de evitar el paralizador de velocidad.

- Lástima que no vas a tener tiempo para contarlo – le contesto mientras sigo acercándome.

- ¿Eso crees?

Se mueve. Es mucho más rápido que yo. Nunca había visto nadie tan rápido. En un instante estaba colocado detrás de mí. Me agarra por el cuello, pero sabe que mi dureza no le permitirá dañarme.

Lo ha hecho para apuntar su fusil en mi espalda y no errar el tiro. Sin poder verle, no sé cuándo debo salir del modo velocidad.

Me giro, le agarro del antebrazo.

Dispara. Estoy paralizado. Mierda, otra vez la maldita sensación de parálisis. Pero lo tengo cogido. No se va a ir a ningún sitio, su brazo está pillado en la red como yo.

Pero su cuerpo no está paralizado. Puede moverse y lo hace. Empieza a andar hacia atrás como separándose de mí. Sigue alejándose hasta que su brazo se tensa. Su expresión es extraña, parece como si estuviera asustado de verme.

Entonces lo entiendo. Por el hueco de sus piernas, veo un pequeño cuerpo moviéndose. Es Omini.

El chico está tirando de él intentando separarle de mí. Pero esto es imposible. Se está moviendo en el modo velocidad y está demostrando una fuerza enorme al poder tirar de John. Y sigue tirando.

Quisiera soltar el brazo de John para evitar luchar contra Omini, pero no puedo moverme. Puedo bajar la densidad de mi mano para liberar la presión. Lo hago pero el brazo sigue atrapado por la red invisible. Omini sigue tirando mientras John empieza a desencajar su rostro con un gesto de dolor.

Al final el brazo se rompe por el codo. El traje especial se estira pero también acaba rompiéndose provocando una lluvia estática de sangre que flota alrededor del miembro amputado.

Omini deja de tirar de él. Lo empuja con un golpe seco en la espalda. John sale disparado como un proyectil y choca contra la pared de la habitación. Vuelve a asombrarme, nadie tiene tanta fuerza como para lanzar ese peso en modo velocidad. Pero el chico acaba de hacerlo.

La pared y John se rompen con el impacto. La inercia de Omini ha perdurado pese a haber soltado a John y no sólo eso, sino que esa inercia se ha conservado en John para hacer que la pared se deshiciera al golpearla. Este chico es realmente especial.

Sólo puedo pensar que ojala John no haya muerto, sería demasiado rápido.

Omini me mira con sus infantiles y tiernos ojos. Seguramente todavía no sabe que podemos comunicarnos con los labios y por eso no dice nada. Pero me sonríe. Yo intento hablarle pero mis labios están paralizados. Mierda, no puedo decirle que ayude a la anciana.

No, no... Se ha quedado inmóvil; ha salido del modo velocidad. Al verme a mí inmóvil seguramente ha pensado que yo también había salido. Ahora puede ser que el último cazador ataque a la anciana antes de poder intervenir.

No puedo hacer nada así. Tengo que salir del modo velocidad y perder densidad antes de que el cazador se cargue a la abuela del chico.

Salgo y de nuevo me quedo estupefacto.

Veo como la anciana alarga su brazo hasta travesar el pecho del atacante como si desapareciese. Entonces súbitamente el brazo se hace sólido, haciendo reventar el pecho del cazador. Se desploma como un saco de arena. La anciana se gira despacio hacia mí y dice:

- Sabía que estabas cerca, te sentía.

La anciana se empieza a transformar y en menos de un segundo la mujer que tengo delante vuelve a remover mi interior. Mi amada Ioana. Mientras ella y el niño se acercan hacia mí, siento una lágrima resbalar por mi rostro.

Capítulo 13. **Cambio de lado**

Oculté el alcance real de mi segundo poder a todos mis compañeros. Ioana me recomendó hacerlo así ya que nadie antes había conseguido tener todas las alteraciones posibles que el segundo poder te podía dar. Fuerza, velocidad y maleabilidad eran características únicas en cada alteración, pero yo las tenía todas. No quería ser un bicho raro (entre bichos raros) así que hice caso a Ioana y mostré sólo mi capacidad para cambiar de forma y densidad.

Durante un tiempo, convivimos con los controladores haciendo misiones sencillas que consistían en detener intentos de manipulaciones poco relevantes por intervencionistas independientes o en pequeños grupos mal organizados.

Desconocíamos cómo, pero nuestros supervisores nos informaban con antelación cuando se iba a producir un intento de forzar a un cargo público para cambiar su forma de actuar. Nosotros disuadíamos a los intervencionistas de hacerlo, la mayoría de las veces sin tener que luchar. Solíamos superarles en grupo y poderes, lo que hacía que se retirasen sin conflictos graves. Si volvían a intentarlo les reteníamos en nuestras instalaciones un tiempo para que se calmaran.

Pero poco a poco los intentos de intervención eran más numerosos y organizados. Empezaron a intervenir sin que lo supiéramos, había veces que íbamos a falsas alarmas y al haber más posibles intervenciones los grupos de control empezaron a disminuir en número de integrantes, esto hizo crecer el riesgo de un posible e inminente enfrentamiento directo.

Mi único problema era proteger a Ioana. Nunca permitía que nos separaran en una misión, y si nos ponían en misiones distintas yo me

negaba. Cuando me asignaban a mí y no a ella, entonces no me importaba ir solo, siempre que ella se quedara.

El día del cambio íbamos ambos junto a otros dos controladores. Teníamos que detener a un grupo de intervencionistas que pretendían obligar a la embajada de Perú a abandonar el país forzando al embajador y varios diplomáticos aprovechando que estaban reunidos en la propia embajada.

Nuestra misión era disuasoria. Una vez detectados los intervencionistas, les detendríamos antes de que llegaran a la embajada y les haríamos retroceder. Caso de oponer resistencia estábamos habilitados para contestar rotundamente, incluso haciendo prisioneros, algo que sólo se hacía en caso de intervencionistas violentos.

Llegaron en dos coches. Les reconocimos fácilmente por sus atuendos. Bajaron seis intervencionistas, y entonces la vi. Oliveh.

No la había vuelto a ver desde que vino a reclutarnos. Pero nos reclutó para los controladores; ahora estaba en un grupo de intervencionistas. Estaba confundido y me detuve.

Ioana también la vio y se detuvo junto a mí. Pero los otros dos compañeros siguieron hasta interponerse entre la embajada y ellos.

- Esperad – les grité – No hagáis nada. Conocemos a uno de los intervencionistas.

- ¿Y qué? – Dijo uno de nuestros compañeros – Siguen siendo unos salvajes.

Sacaron sus armas, pero no les dio tiempo a disparar. De repente una burbuja de obscuridad nos envolvió a todos. Era como si nos hubieran echado por encima una manta enorme tapando la luz del sol. Estábamos totalmente a oscuras.

- No queremos luchar – Era Oliveh la que hablaba – al menos no sin que nos hayáis escuchado antes. Tenemos gafas de visión nocturna, así que aunque algunos de vosotros podéis volveros invisibles, los demás estáis a nuestra merced.

- Esta bien, habla – dijo Ioana – tengo curiosidad en saber porqué has cambiado de bando.

- Nunca he cambiado – Empezaban las sorpresas – Cuando os recluté estaba infiltrada en los controladores; siempre he sido una intervencionista.

- ¿Entonces tú misma mandaste el ataque contra nosotros esa misma noche? ¿Para qué nos reclutaste, para luego matarnos? – Ioana empezaba a enfadarse, si intentaba atacar estaríamos en gran desventaja.

Yo podía entrar en modo velocidad pero sin poder ver no tendría claro donde atacar y cómo, además Oliveh podía estar sin densidad y no la detectaría nunca. Pero su respuesta nos volvió a sorprender.

- Por supuesto que no Ioana. El ataque lo desconocía, fue ordenado por los que ahora son tus jefes. Los controladores querían asegurarse de tu reclutamiento, por eso lanzaron un ataque simulado para que odiaras a los intervencionistas. El objetivo era asustarte y lo consiguieron.

Ioana pareció calmarse, no así nuestros compañeros, a los que oía moverse intentando apuntar hacia la voz de Oliveh. Entré en modo velocidad y les arrebaté las armas.

Acababa de descubrir mi poder a los intervencionistas, pero empezaba a importarme poco. Oliveh continuó hablando.

- Los intervencionistas somos sinceros con nuestra causa, no forzamos a nadie a unirse. No mentimos, queremos hacer este mundo

mejor y para eso queremos intervenir. Los controladores están también interviniendo ya que nos impiden mejorar la vida de mucha gente. No sé qué os han dicho, pero venimos a avisar al embajador de Perú de un posible e inminente genocidio en su país.

- Si eso es verdad, – dijo Ioana – si me lo demuestras, lucharé a vuestro lado. Ya hay demasiadas cosas que huelen mal en los controladores, si como dices eso es cierto, no quiero regresar con ellos.

- De acuerdo, ahora bajaremos la cortina de negación de luz, los que deseéis venir con nosotros podréis ver lo qué hacemos y el motivo de nuestra intervención. Nos fiamos.

"Nos fiamos", la frase que siempre he llevado marcada desde ese día. Me comporté como un imbécil novato. Yo también me confié.

Pensé que mis compañeros no harían nada al volver a ver, además les había desarmado, pero me equivoqué. Un disparo.

"Nos fiamos" fue la última frase que dijo Oliveh antes de caer desplomada. Su cabeza reventó como una sandía a la que habían hecho explotar una granada de fragmentación dentro. Su inmortalidad acabó a la par que su confianza.

Y con ella una parte de mí murió también.

"Nos fiamos". Me prometía a mí mismo que nunca me dejaría creer en esa frase.

Desde ese día Ioana y yo fuimos intervencionistas, y hoy, la guerra continúa.

Capítulo 14. **Información**

Me ha costado bastante hacer que John hable. Ha habido un par de veces que he dudado sobre si realmente sabía quién estaba detrás de todo esto.

Pero al final ha hablado.

Conseguí que Ioana y el chico salieran de la habitación y me empleé a fondo con él. No soy un hombre que disfrute torturando, pero el daño que me ha provocado John me ha ayudado a sentirme menos culpable y casi he deseado que no confesase.

Le inmovilicé, le partí los brazos y las piernas y le corté los tendones. Entrar en modo velocidad no le ayudaría a escapar. Nada podía ayudarle.

Lo único que me preocupaba es que vinieran más controladores. Tuve que actuar rápido para poder llevarme a Ioana y al chico a un lugar seguro.

Al principio usé la fuerza. Le partí la nariz y le salté varios dientes, pero aguantó bien el dolor por impactos. Los cortes en la piel tampoco hicieron el efecto deseado. Mi cuchillo le provocó dolor, pero no el suficiente. Tuve que dejarlo ya que empezaba a mostrar signos de fatiga; si se desmayaba perdería mucho tiempo.

Al final le dominé con la tortura del trigémino.

El trigémino es el nervio craneal más importante de la cara. Empieza en el cerebro y se ramifica en tres nervios secundarios, uno hacia el ojo, otro hacia la nariz y el último que pasa por la mandíbula justo al lado de la raíz de las muelas.

Esta última rama, llamada nervio mandibular, es capaz de generar el mayor dolor de tipo nervioso posible. Una leve presión por desviación de una raíz molar puede provocar un dolor tan insoportable que de no ser tratado puede llevar al suicidio.

Me centré en ese nervio. Primero entré en modo velocidad para que John no supiera lo que estaba haciendo. Unos cuantos cortes y cuando salí del modo velocidad tenía parte de su mandíbula abierta y el nervio a la vista.

Simplemente lo presioné con dos dedos. Los gritos de John no empezaron hasta los dos minutos. A los cinco minutos de estar presionando empezó a hablar con todo tipo de detalles.

No era mucho lo que necesitaba saber, quién y dónde. 'Quién' es uno de los primigenios, Amegión, famoso por su crueldad y tendencia a arreglarlo todo por la fuerza bruta sin compasión alguna.

El 'dónde' es una auténtica fortaleza de los controladores. Cámaras, sensores de movimiento incluso en modo velocidad, puertas blindadas y varias docenas de controladores cada uno con sus poderes. Ahora me enfrento a lo difícil que puede ser llegar hasta Amegión.

Busco una disculpa y se la doy a Ioana para que se marche con Omini a un lugar seguro.

Vuelvo con John y le arranco la cabeza sin miramientos. Él tampoco los tuvo con mi hijo.

Dejo la cabeza en el suelo y la aplasto sucesivamente con mis botas hasta que tengo la seguridad de que su cerebro no podrá recuperarse. No se merece la vida, mucho menos la inmortalidad.

No me cuesta mucho convencer a Ioana para que busque un nuevo escondite por un tiempo. Pero esta vez la hago prometer que no

pierda el contacto conmigo. No tengo muy claro si voy a regresar de mi venganza, pero no podría soportar, caso de sobrevivir, volver a perderla.

No ahora que Omini, mi último Omini, también está con ella. Es lo más cerca que me he sentido del concepto de familia. Rara, pero familia al fin y al cabo. La beso en la mejilla, acaricio suavemente el rostro del muchacho y me contesta con una sonrisa. Mi corazón se encoge.

Me encamino hacia la fortaleza.

Capítulo 15. **Separación**

El modo de vida de los intervencionistas era muy diferente al de los controladores. Ahora nos sentíamos cazados, no cazadores. Evadir la lucha, pasar desapercibido y pensar siempre en esconderse o huir era nuestra manera de vivir.

Esto nos acercó mucho más a Ioana y a mí. Nos sentíamos como unos jóvenes revolucionarios con ganas de cambiar el mundo. Mi confianza en mis poderes, cada vez más controlados y eficientes me hacía enfrentarme a situaciones de riesgo elevado sin miedo. Siempre que Ioana no interviniera, claro. No podría soportar que algo malo le sucediera. Quizá me comportaba de forma egoísta, pero a Ioana no le importaba participar desde segunda línea, también era necesaria y así me tenía contento.

Empecé a ser un elemento importante dentro de la organización y cada vez se me asignaban las misiones más arriesgadas. Llegué a ser un auténtico guardaespaldas de la mayoría de los gobiernos (contactando siempre a través de sus equipos de inteligencia) y mis equipos estaban formados siempre por los mejores.

Hasta que volvió a dejarme.

Esta vez hubo conversación. Yo no podía creer lo que estaba oyendo, pero Ioana me dejaba porque el amor se le había terminado.

Cariño, costumbre, amistad, todo menos amor.

No podía ser, ella me amó tanto que se quedó a mi lado, me amó tanto que me apadrinó para la inmortalidad. Cómo podía dejar de amarme.

Yo la quería más que nunca. La relación inmortal es muy diferente a la efímera mortal. Es cierto que hay menos chispa, no hay un fin seguro que hace sentir todo más intensamente, pero hace que la paciencia, la calma y la serenidad generen auténticas sensaciones de placer y comodidad.

Y ahora me dejaba. No podía ser. Me estaba mintiendo y no me estaba dejando opción. Trescientos años de relación tienen que romperse por algún motivo muy importante. Tenía que averiguar qué era lo que me estaba matando, lo que estaba empujando a Ioana a separase de mi lado.

Algún día lo averiguaría. Algún día lo sabría. Y volvería con ella.

La amo y me cuesta respirar sin ella.

Ioana, vuelve.

Capítulo 16. **Venganza**

Llevo dos horas intentando encontrar la manera de entrar. No hay mucho movimiento, pero el tiempo corre en contra mía. Mi gente estará buscándome y probablemente los controladores ya habrán encontrado el cuerpo de John, así que habrán reanudado la búsqueda de Omini.

El edificio está rodeado por un muro de tres metros de altura. Tiene cámaras que barren todo el perímetro. Aunque parecen cámaras normales, estoy seguro de que detectan también el acceso en modo velocidad.

Sólo hay una puerta en el muro para poder acceder al recinto, una puerta maciza de apertura lateral por la que cabe un coche y poco más. No hay garita de control, por lo que la apertura debe hacerse de forma remota desde alguna habitación de seguridad en donde seguramente estarán los monitores de todas las cámaras.

He buscado una posible entrada por debajo, pero no hay túneles ni alcantarillado, el edificio está elegido a conciencia.

Debería esperar hasta saber con seguridad qué es lo que me espera dentro, cuántos controladores hay y qué poderes tienen.

Debería saber a quién me enfrento, ni siquiera conozco en detalle el poder de Amegión.

Debería estar abrazado a Ioana plácidamente en un sofá observando cómo nuestros tres hijos juegan en la alfombra.

Debería estar menos cegado por el odio y la rabia.

Pero no es así. A la mierda.

Entro en modo velocidad. Empieza el baile.

Atravieso la puerta perdiendo densidad. Como me imaginaba, me están esperando detrás.

Al ser detectado por los sensores, todos los controladores con poder de velocidad han sido avisados; avisar a los demás no tiene sentido, no pueden hacer nada. He tenido suerte, sólo hay tres con el poder. Al menos sólo veo a tres entre la puerta del edificio y yo.

Nos quedamos unos segundos observándonos, como si fuera un duelo del antiguo oeste y en cualquier momento uno desenfundara el revólver.

Pero esto no es el oeste. Y los revólveres no funcionan en modo velocidad. Pero sí los cuchillos que muestran los tres controladores que tengo en frente.

Empiezan a acercarse lentamente, uno frontalmente y los otros separándose hacia los costados para flanquearme.

No les voy a dejar que me ataquen. Antes de que me rodeen saco de mi espalda el fusil paralizador de John. Apunto al de mi derecha y disparo. Pleno. Se queda totalmente paralizado.

Los otros dos reaccionan y se lanzan contra mí.

Me da tiempo a centrar el arma y disparar al que viene de frente. Ya tenía el puñal levantado pero no ha sido lo suficientemente rápido y queda paralizado.

Pero el tercero, el que viene por la izquierda me alcanza. Lanza una patada para detener el giro del arma y consigue partirla por la mitad. A su vez lanza una puñalada que me rasga la carne de las costillas.

Si hubiera endurecido mi cuerpo no habría podido mover el arma con la suficiente rapidez para alcanzar al segundo.

El corte hace que me doble.

Otra patada, esta vez me alcanza en el pecho y me lanza contra el suelo. Antes de caer recibo otra patada en el estómago que me levanta por el aire. El controlador está atacando duro y no me deja centrar mis poderes para defenderme. Si ataca con el puñal puede dejarme seriamente dañado y tendría tiempo para conseguir más ayuda.

Me lo clava en el estómago según estoy cayendo. Noto como entra hasta la empuñadura. Pero esto me da tiempo a endurecerme. El puñal se queda dentro, ya no va a salir más. El controlador tira de él, no puede sacarlo. Vuelve a tirar y se da cuenta de que lo he trabado.

Lo suelta. Pero he cogido su muñeca. Y yo no le suelto.

Me mira. Todavía está confuso por haber detectado que yo tengo más de un segundo poder. El tiempo, las milésimas de segundo del tiempo son críticas en el modo velocidad, en el modo donde el tiempo se detiene.

Y esas milésimas son suficientes para coger el puñal de mi estómago y clavárselo al controlador por debajo de su mandíbula hasta llegar a su cerebro. Cae a mis pies.

Observo a los otros dos paralizados. No han salido del modo velocidad, tampoco importa, yo no voy a hacerlo. Me observo la herida. Empiezo a sangrar a la vez que cicatrizo. En breve estaré recuperado. Pero no tengo tiempo para curarme, esto acaba de empezar. Entro en el edificio.

Hay varios controladores, todos paralizados por el modo velocidad. No me interesan lo más mínimo. Busco a Amegión.

Recorro los tres pisos del edificio, hasta que en el último entro en un despacho en el que hay sentado un hombre. Por su aspecto debe ser Amegión. Por lo que leo en sus labios lo confirmo:

- Te estaba esperando. Parece que realmente eres especial. Cometimos un error al dejarte con vida cuando sólo tenías un poder.

Me endurezco al máximo. Tenso mis músculos. Le respondo:

- Has cometido demasiados errores, matar a mis hijos ha sido el peor de todos. Ahora te toca pagar por ellos.

- ¿De verdad piensas que tu gente no podría haberlo evitado? Estás siendo manipulado como un muñeco de trapo, te han mandado a matarme, porque no pueden ellos. Dejar matar a dos niños clonados, eso no es precio por acabar conmigo. ¿Acaso te ayudaron contra John?

- No les habría dejado. Como tampoco ahora les he permitido seguirme. Ellos no han matado a mis hijos. Has sido tú.

- Había que hacerlo. Eran aberraciones. Igual que tú. Te toca.

No es posible.

Estaba sentado. Ahora me tiene cogido por el cuello y está levantándome del suelo. Es tan rápido que no he sido capaz de ver cómo se ha acercado a mí. Pese a estar endurecido, empiezo a notar la presión de su mano en mi cuello. Si le dejo seguir va a acabar partiéndomelo.

Aumento mi densidad. Tengo que tocar el suelo para intentar soltarme. Aumento más. Pero sigue aguantando mi peso. Tiene una

fuerza endiablada. Es como yo, posee los segundos poderes pero mucho más evolucionados.

Y me llama aberración.

Aumento más la densidad. El suelo empieza a ceder en sus pies. Noto como su fuerza ya no es suficiente. Me va a soltar. Pero al hacerlo me golpea con el puño en el estómago.

La herida de la puñalada que estaba casi cerrada vuelve a abrirse, esta vez desgarrando parte de la piel debido al impacto. Salgo despedido. Es increíble que con mi peso actual pueda haberme lanzado contra la pared.

Atravieso la pared de granito como si fuera papel. Atravieso otra. Otra. Ya no quedan, he saltado fuera del edificio. Caigo los tres pisos y golpeo el suelo con mis más de quinientos kilos de peso. El hoyo que dejo mide más de cinco metros de diámetro.

Retomo mi densidad normal para poder moverme más rápido. Ahora estoy libre y en un espacio abierto. No sé cómo voy a matar a esta bestia. Aumento mis reflejos al máximo. Tenso mis músculos.

Le huelo. Está cerca. No le veo. Mierda, que rápido es.

De nuevo al suelo.

Me ha golpeado en el cuello, seguramente para intentar separarme la cabeza y acabar rápido. Casi lo consigue. Ni la mayor de mis durezas ha soportado el golpe y tengo un corte bastante profundo que seguramente ha alcanzado alguna arteria porque empiezo a sangrar con fuerza.

Me tapono la herida con la mano. No tengo tiempo para recuperarme. No tengo tiempo para nada. Le tengo encima. Cojo un

cuchillo de mi bota y cuando se acerca se lo clavo en la pierna con todas mis fuerzas. Qué imbécil soy.

La hoja del cuchillo se parte al chocar con su piel. Si él no ha utilizado armas conmigo de poco me van a servir a mí. Piensa o muere. Piensa, piensa.

Me vuelve a levantar, esta vez me coge del pecho. Me lanza un cabezazo que me alcanza en la nariz y el pómulo. Noto que ambos se rompen como un cristal del parabrisas de un coche cuando le lanzas una piedra.

Mi cabeza se inclina hacia atrás del impacto, y aprovecha para volver a golpearme en el cuello. Esta vez ha conseguido llegar muy cerca del hueso, otro golpe más y me separa la cabeza.

Lanzo mi mano contra la parte más blanda que tengo a la vista, sus ojos. El primer dedo en llegar, el corazón, se parte hacia arriba al chocar con el globo ocular. Sigo apretando ignorando el dolor y el dedo índice consigue romper el globo. La reacción de Amegión no se hace esperar. Me lanza por los aires para protegerse el ojo perforado.

Llego al suelo y dejo que mi cuerpo ruede. Cuanto más lejos mejor. Estoy perdiendo demasiada sangre por el cuello y si no tapono la herida no empezará a cerrarse y perderé el conocimiento. No puedo casi respirar, la nariz está bloqueada y los pulmones se niegan a hacer de fuelle.

Respiro. Me relajo. Tengo muy poco tiempo. Estoy haciendo el imbécil. Respiro. Pienso.

Eso es. Lo tengo.

Pierdo densidad. Toda. Me hago invisible.

Ahora no me puede detectar. Me acerco a su espalda.

Lanzo mi puño hacia su nuca y en el último momento le doy densidad a mi puño. Como una maza de hierro. Ignoro el dolor del dedo roto. El golpe le hace tambalearse, no tengo fuerza suficiente para más.

Se gira buscándome pero no puede verme. Ahora él se debería volver también invisible, pero no lo hace.

Se va a cagar. Vuelvo a colocarme en su espalda. Le voy a machacar hasta que no pueda más. Le ataco por la espalda para que no le dé tiempo a ver mi puño. Vuelvo a lanzarlo con todas mis fuerzas, le doy densidad y golpeo.

Pero esta vez Amegión se vuelve. Me agarra el puño con una mano y golpea mi muñeca con la otra. Mi mano se separa del brazo. Me la ha arrancado de cuajo. Joder.

Ya no puedo más. He perdido demasiada sangre, ni siquiera me queda suficiente para que brote de la recién seccionada muñeca. No puedo mantener la invisibilidad y en breve tendré que abandonar el modo velocidad.

He perdido. Me está matando con demasiada facilidad. Es una auténtica bestia, es un primigenio y es muy superior a mí.

Amegión se da cuenta de ello. Se acerca lentamente y me levanta del suelo. Mi cabeza cae hacia un lado dejando el cuello al descubierto para el golpe final. Pero no golpea. Maldita sea. Acaba de una vez.

Pero no acaba.

Me suelta y me deja caer al suelo. Está mirando detrás de mí. Giro como puedo la cabeza y me asusto. Es el primer momento en la pelea que me asusto. Mierda. Es Omini.

Está parado a unos metros. Mira fijamente a Amegión y tiene una expresión seca, dura, nunca la había visto en ninguno de los tres chicos antes. No, por dios, no.

Tú también vas a morir mi niño. Vete por favor, vete. Intento llamar la atención de Amegión. Si lo distraigo quizá Omini huya.

Amegión me pisa una pierna y después la otra. Al aplastarlas ya no puedo ni arrastrarme para sujetarlo. Mi niño.

Trato de gritarle que huya, pero ni siquiera me mira. Sigue con la mirada fija en Amegión y su mueca se va deformando cada vez más. Veo odio. Siento miedo. Me estoy muriendo pero no es lo peor.

Omini se mueve. Me cuesta ver sus movimientos. Pasa al lado de Amegión a toda velocidad, como un rayo. Extiende su brazo al pasar.

Le ha seccionado las dos piernas a la altura del muslo.

Amegión choca en el suelo con los huesos cortados y antes de caer de espaldas Omini le sujeta por el cuello con su pequeña manita. Amegión está todavía poniendo una expresión de sorpresa pero no le da tiempo de acabarla.

La mano de Omini penetra por el cuello y agarra la columna por la base del cráneo. Tira hacia él y se queda con un par de vértebras en la mano.

Por fin Amegión cae al suelo. Omini se vuelve hacia mí, me mira, sonríe y lentamente apoya su pie en la cabeza de Amegión. Lentamente también, empieza a presionar con el pie.

Mierda, no puedo ver como revienta la cabeza. Ese es mi chico.

Pierdo el conocimiento.

Capítulo 17. **Descanso**

Llevamos un año escondidos.

Después de recuperarme, nos marchamos. Nadie nos detuvo. Parecía que mi trabajo, con la muerte de Amegión había terminado.

Ahora vivimos en un pequeño poblado costero de Italia. Omini crece sano y fuerte, no ha tenido ni un sólo catarro en todo este tiempo. No quiero saber su poder, tampoco quiero acordarme de los míos.

Ioana está con nosotros. Se sintió liberada al confesarme que fue el proyecto Omini lo que realmente la separó de mí. Sabía que no la permitiría hacerlo sola si me lo contaba así que optó por mentirme y destrozarme de nuevo la vida haciéndome pensar que ya no me quería.

A veces siento que la odio por todo el daño que me ha hecho, pero luego me doy cuenta de que sólo ha podido hacérmelo por el enorme amor que siento hacia ella. Estoy volcado en mi familia, nada me puede importar más.

Omini regresa del colegio una hora antes de lo normal. Yo estoy en el porche sentado tranquilamente mientras leo las noticias en mi pad.

- Papá

- ¿Qué pasa hijo?

Me señala el camino. Un coche se acerca. Salen tres cazadores de dentro. Omini me dice:

- Han vuelto

Entramos al unísono en modo velocidad. Empieza el baile.

Fin

Mi hermano

(Relato concurso GM 2010)

Tengo frío.

Todas las noches me pasa lo mismo, al rato de dormirme me despierto tiritando. A veces siento incluso como si estuviera húmedo, como si mi colchón se hubiera mojado del relente de la noche. Duele.

Antes no me despertaba. No tenía miedo.

Dormía en una habitación con mi hermano, los dos juntos. Aunque él tenía sólo dos años, me reconfortaba oír su respiración mientras soñaba. No tenía frío.

Cuando mi hermano se tiró por la ventana yo no pude detenerlo, no pensé que acercar la silla a la ventana fuera jugar a volar.

Mis padres estaban en la habitación de al lado y entraron sólo cuando oyeron los gritos que provenían de la calle, cuatro pisos más abajo.

No pudieron soportar el sentimiento de culpa. Se separaron y me enviaron a este internado, hace ya dos años. Dos años con frío y miedo.

Miedo a que los mayores, llegaran en medio de la noche y empezaran a pegarnos, a obligarnos a hacer tonterías, como echar carreras llevando a algunos de ellos a caballo mientras nos golpean con toallas mojadas en el culo y en las piernas.

Los peores eran los del último año. Habían soportado diez años de internado y ahora no había nadie que les torturase a ellos, así que se ensañaban con todos.

Yo les odiaba. Cada vez que me hacían beber el agua del retrete tenía que pasar un par de días en la enfermería hasta que me remitía la descomposición.

Pero ya hacía dos meses que los mayores no venían. Dos de ellos habían desaparecido junto con otros tres chicos de otros cursos inferiores.

En el internado había un gran revuelo, pero la policía no había conseguido encontrarlos rápidamente por lo que se suponía que se habían escapado.

Pero nosotros sabíamos que no era así.

No había nadie que supiera nada sobre una fuga. Esas cosas se saben entre el alumnado incluso antes de planificarlas.

Pero esta vez nadie sabía nada. Rumores de raptos, fantasmas, asesinatos e incluso de que se usaban para rellenar las albóndigas los jueves.

Miedo.

Cuando encontraron uno de los chicos de último curso la policía empezó a hacer preguntas. Muchas. Nadie había visto nada, nadie sabía por qué la cabeza del chico estaba separada del cuerpo.

Luego encontraron a Luis, de un curso más que el mío. Yo le conocía porque siempre nos quitaba el balón en el recreo. Esta vez su cabeza estaba pegada al cuerpo, pero totalmente aplastada. Ambos enterrados en la parte de atrás del frontón, un sitio oscuro y alejado que normalmente se solía utilizar para las peleas.

'Te espero detrás del frontón a la salida' era la forma de tirar el guante. Cuando dos se peleaban, nadie se entrometía hasta que uno se rindiera.

Ahora no había peleas, nadie se metía con nadie, todos desconfiaban y nadie quería estar solo.

La policía no cejaba en su intento de descubrir al asesino. A mí me llevaron ante ellos en dos ocasiones. Eran unos señores muy serios y me miraban con la misma cara que mi profesor cuando le daba una disculpa por no haber hecho los deberes.

Los adultos son desconfiados y ni siquiera los policías se esforzaban por entender las reglas del internado.

Aquí hay jerarquías, marcadas por la fuerza. Los mayores suelen ser los más fuertes y por tanto los que mandan. Nadie se chiva de un mayor. Los policías deberían hablar con ellos, son los únicos que pueden contestar sin miedo.

Los cuerpos del tercer y cuarto chico aparecieron en el jardín de la capilla. Mientras el cura removía en el huerto las patatas, brotó un dedo de uno de ellos. Para poder reconocerles tuvieron que mirar el nombre escrito en su ropa, como hicieron con Luis.

Eran dos chicos de penúltimo curso. Siempre iban juntos y nadie les hablaba. Por las noches, decían, dormían en la misma cama y sólo se separaban un minuto antes de sonar la campana para levantarse.

No entiendo el porqué del rechazo de sus compañeros, pero siento una sensación de repulsa cuando les recuerdo besándose a hurtadillas.

Sólo quedaba un chico desaparecido. Juan Alonso, de último curso.

Hasta ayer.

Le habían encontrado en un pueblo a veinte kilómetros. Llevaba casi dos meses mendigando por las calles y le pillaron robando fruta. En la comisaría del pueblo por fin dio la referencia del orfanato y le trajeron de vuelta.

Miedo.

Los policías consiguieron saber que Juan Alonso se escapó por miedo. En el orfanato todo se oye. Nada se escapa. Pero no pudieron dar con el motivo.

Nosotros lo teníamos claro.

Había visto al asesino. Pero no tenía pruebas y por eso no lo confesaba. La palabra de un huérfano que no ha sido adoptado durante diez años, seguramente por ser conflictivo, es una palabra de poco peso.

Ahora al menos tenía cama y comida, seguro que su tiempo de vagabundo le había enseñado a apreciar el orfanato. No sé porqué no había vuelto antes.

Si yo fuera más mayor le preguntaría muchas cosas. Quizá algún día lo haga.

Por lo menos ahora no desaparecen más niños, quizá ahora pueda dormir tranquilo y sin frío.

Me despierto. Duele, duele mucho.

La tiritera me hace convulsionar mis mandíbulas y me muerdo la lengua.

Siento la sangre caliente y me reconforta. Pero la mantengo en mi boca, si trago puedo atragantarme, mi cuello tiene espasmos también por el frío.

Me levanto y me enrollo la manta en el cuerpo. Necesito encontrar el calor. Cojo mi navaja multiusos del cajón de mi pequeña mesilla y me dirijo a la habitación de los mayores.

Todos duermen. Me acerco a la cama de Juan Alonso. Me escurro dentro y suavemente me tapo con su manta.

Los temblores casi han desaparecido.

Acerco mis labios a su oreja. Paso mi brazo por encima de su cabeza y le meto la punta de mi navaja en la otra oreja. Le susurro.

Se despierta asustado. Siente la punta de mi navaja. Afirma con su cabeza y comienza a levantarse.

Gime un poco cuando al sentarse en la cama le corto un poco sin querer el lóbulo, pero no grita.

Miedo.

Salimos al patio. Le llevo a la parte trasera del frontón, el lugar de las peleas.

Ya no tengo frío, empiezo a sentir que el calor regresa a mi cuerpo.

Como cuando mis padres me abrazaban cuando me querían. Como cuando empujé a mi hermano por la ventana y durante un tiempo mis padres intentaron consolarme pensando que yo me sentía culpable por no haber podido detener su caída.

Juan Alonso está llorando. Tenía que haberles contado a los policías que me vio cuando separaba la cabeza de su compañero Luis con la pala del cura, la misma con la que luego enterré su cuerpo.

Iba a preguntarle muchas cosas. Si él también sentía calor cuando nos torturaba, o si le gustaba besar a otros chicos o tocarlos como hacía la pareja que tuve que matar cuando me llevaron al huerto para divertirse conmigo.

Pero tenía mucho calor. Estaba ardiendo. Ya era suficiente.

Apreté con todas mis fuerzas la navaja y se la clavé en el oído. Su expresión se paralizó y tuve que tapar su boca para detener su grito.

Me intentó empujar, pero volví a apretar la navaja hasta que entró parte de la empuñadura.

Cayó de bruces. Cogí la pala.

Calor.

Fin